

10



COMEDIA NUEVA

EN TRES ACTOS:

LA INOCENCIA

Y LA INTRIGA,

O EL ROBO.

HECHO VERDADERO SUCEDIDO

EN MARSELLA EN EL AÑO 1687.



VALENCIA:

IMPRESA DE JOSÉ GIMENO. 1824.

XX

Véndese en su librería, frente al Miguelete,
junto con otras antiguas y modernas.

PERSONAS.

ADOLFO DE ANGLADE.

LINA DE SENESSE , su esposa.

ALFONSO , su hijo.

MADAMA DE CERVAL , viuda.

D'OLSAN , sobrino de esta.

LEON D'ASSANDRAY.

BERTOLDO , criado.

RENATO , ayuda de cámara d'Olsan.

FOURBIN.

MARCELO.

DUMONT.

UN COMISARIO DE POLICÍA.

INDIVIDUOS DE POLICÍA. MÚSICOS.

JARDINEROS. LAGAYOS. ALDEANOS &c.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa los jardines de la casa de M.^a de Cerval: á la izquierda de los espectadores, una subida que se dirige á la habitacion de aquella. A la derecha un bosque, y en el fondo las tapias del jardin con un enverjado que dá al campo, y por el lado de afuera se descubre un canal.

ESCENA I.

MARCELO CON ALGUNOS JARDINEROS Y LACAYOS QUE ESTAN DISPONIENDO EL JARDIN PARA UNA FIESTA: LUEGO RENATO.

Ren. Buen ánimo, Marcelo, buen ánimo.

Marc. No me falta, señor Renato, y por vida de... que esto es natural.

Ren. Cierto: mucho mas vísperas de un casamiento.

Mar. De un casamiento que hará nuestra felicidad.

Ren. Y cuando se trata de pillar una buena dote...

Mar. No, no es eso lo que me causa mayor alegría.

Ren. Tampoco es cosa que pueda entristecerte.

Mar. A fe que no; pero os juro como hombre de bien, que si Teresa no tuviese mas que su persona, me casaria igualmente gustoso con ella.

Ren. El amor hace desinteresados á los hombres.

Marc. No habeis amado nunca, señor Renato?

Ren. Nunca á tal punto que haya menospreciado el dinero.

Marc. El que de veras ama, aprecia el objeto, y desprecia los intereses.

Ren. Muy bien, amigo mio: conserva siempre

esos nobles sentimientos que te hacen honor, y cada vez te querré mas. (*irónicamente.*)

Marc. A qué viene, señor Renato, ese tonillo?

Ren. Escuchad, hijos míos, (1) escuchad: ya sabéis que mañana son los días de Madama de Cerval, de nuestra buena amiga.

Marc. Toma! todo este aparato es mas bien para festejarla, que para celebrar los ajustes de mi boda.

Ren. Tambien sabéis que mi amo Olsan ha querido disponer por sí mismo la fiesta.

Marc. Y en verdad que se pin'a solo para eso.

Ren. Pues bien, amigos míos: mi amo acaba de recorrer el jardin, y me ha dado estos diez luises, que voy á repartir con vosotros, á fin de que os mantengais en vuestras buenas disposiciones.

Marc. Diez luises! Cáspita! eso es muy bueno.

Ren. Vosotros sois seis: ahí teneis cuatro luises, y allá componeos. Los otros seis son para nosotros, Marcelo y... yo me quedo con todos.

Marc. Cómo! con todos?

Ren. Vaya, muchachos, seguid trabajando con afan y con actividad.

Marc. Pero señor Renato....

Ren. Limpiad esas calles, igualadlas, coged flores.

Marc. Señor Renato....

Ren. Y tenedlo todo pronto para obsequiar á la mejor y la mas querida de las amas.

Marc. Eso es: hacedlo todo, yo me estaré con los brazos cruzados, y de este modo llevaré la mejor parte.

Ren. Al trabajo, muchachos, al trabajo.

ESCENA II.

RENATO Y MARCELO: se miran sin hablar.

Ren. Bien, y qué esperas?

Marc. Qué he de esperar? mi parte...

Ren. Tu parte!

Marc. Sí por cierto.

Ren. Cómo! y pudieras tu exigirla? Piensa en que vas á casarte con Teresa, que Teresa es la camarera de Madama de Anglade, que esta señora es generosa, y que....

Marc. Es verdad que Madama de Anglade es la mejor de todas las señoras: tan afable: tan bondadosa ... Pues nada digo del señor Adolfo: qué jóven tan amable! .. desde que ocupan el cuartito que está en el fondo del jardin, los veo todos los dias, y cada vez conozco que los estimo mas.

Ren. Teresa llevará un buen dote.

Marc. Por supuesto: su ama la tiene ofrecidos dos mil francos.

Ren. Dos mil francos! y quieres que parta?

Marc. Ya; pero eso nada tiene que ver con...

Ren. Y las dádibas de boda que has de recibir, y la plaza de jardinero de la bastida, y... lloverán regalos sobre tí. Vamos, Marcelo, vamos: tú eres justo, muy racional, y sobradamente desinteresado, para privarme de esta pequeña gratificacion: déjamela toda, y te prometo beber un trago mas á tu salud.

Marc. Con eso sacaré yo la tripa de mal año.

Ren. Estas seguro de que todo estará dispuesto para la fiesta? Los trabajadores de la bastida, tus parientes, los de Teresa....

Marc. Toditos vendrán.

Ren. Muy bien: tengo ajustados algunos músicos; mi amo ha apalabrado á ciertos bailarines que asistirán á la fiesta vestidos como los antiguos trovadores provenzales, con que así está dispuesto.... nada falta, y podremos....

Se escucha un bandolin, y Fourbin canta adentro algún retazo de una canción italiana.

Marc. Ola! qué es esto?

Ren. Serán cantores italianos? me ocurre que... si pudiéramos hacer que se quedaran á la fiesta, me parece que mi amo no se enfadaria.

Marc. Por vida de..... sí, sí, que bien teneis con que pagarlos.

ESCENA III.

DICHOS Y FOURBIN con cuatro músicos: durante el diálogo precedente habrán llegado Fourbin y sus compañeros delante de las verjas.

Four. Signor, querer oír li italiani? querer, signor mio?

Ren. Hazlos entrar. Por qué te detienes?

Marc. No tienen buenas caras.

Ren. Hazlos entrar.

Four. Poveretos nosotros!... Signor, querer?

Marc. Ya van, ya van.... (1) qué visiones! (ap.)

Ren. Acérquense, señores: necesito de vuestra habilidad, y si, mediante una decente recompensa, quereis lucirla en la fiesta que estamos preparando, entraremos en ajuste.

Four. (ap.) Que metal de voz! — Si signore, a

1 Abre la verja, y entran Four, y sus comp.

vostro servicio.

en De ese modo podeis quedaros.

Four. (*ap.*) No me engaño: él es.

Ren. Os diré lo que teneis que hacer: venid conmigo.

Four. Renato.... (*con voz baja.*)

Ren. Eh! (*con sorpresa.*)

Four. Si signore, si signore. (*notando que Marcelo le mira.*)

Ren. (*ap.*) Me ha llamado por mi nombre!

Four. No me conoces? (*en voz baja á Renato.*)

Ren. (*ap.*) Es cosa particular.

Four. Ser vos il padron de la casa?

Ren. Soy.... (1) soy el ayuda de cámara del señor Olsan, y.... tú que me conoces quién diablos eres? (*bajo, y cogiéndole por el brazo.*)

Four. Fourbin.

Ren. Fourbin! (*sorprendido.*)

Marc. Y bien, qué es lo que hay de nuevo?

Ren. Es posible qué eres tú?

Marc. Señor Renato, conocéis por ventura á....

Ren. No me molestes con preguntas.... Aun tienes mil cosas que hacer para esta noche, y estoy seguro de que no estará todo pronto.

Marc. Ya os vendrán á buscar para que lo hagais.

Ren. No te faltarán palabras. — Despide á tu gente. (*bajo á Fourbin.*)

Marc. No hay que incomodarse.

Ren. Eres un perezoso.

Marc. Ya empiezo á perder la paciencia. Escu-

1 *Examinándole atentamente para recordar su fisonomía.*

chad, señor Renato: si os habeis de quedar con mi dinero, os suplico que os quedeis tambien con todas vuestras tonterías. Lo entendéis?

Ren. Anda, anda à pasear.

Marc. Sí; pero entre tanto no olvideis la pieza que me estais jugando. (*Vase enfadado.*)

Durante el fin de la escena debe haber hablado Fourbin al oido á sus compañeros, y se van por la verja.

ESCENA IV.

RENATO Y FOURBIN.

Ren. Con qué eres tú mi amado Fourbin! Quiérandiantres podia esperar el volver à verte, y con este traje!....

Four. Qué quieres? Ya hace tiempo que todo me sale al revés: no se hace cosa de provecho.

Ren. A la verdad que tu vestido no anuncia opulencia.

Four. Desde que nos separamos, han caido sobre mi todas las desgracias. Bien sabes que estábamos juntos en Nápoles sirviendo á aquel viejo tan regañon, tan avaro....

Ren. Que nos solia apalear, y que nos pagaba tan mal, y tan de tarde en tarde.

Four. Bien te acordarás que para vengarnos de él, le plantamos....

Ren. Llevándonos cuatro mil ducados que encontramos en un arcon forrado de hierro.....

Four. Cuyas cerraduras hicimos saltar, repartiendo luego el dinero....

Ren. Como hermanos.

Four. No, no tanto; porque tú te quedastes con las dos terceras partes.

Ren. Y era justo, pues que lo dispuse todo, y la invencion era mia.

Four. Ya, pero el dia mas claro te afufaste, llevándote tambien la tercera parte que me habia cabido.

Ren. Oh, eso no es posible!

Four. No será posible, pero es demasiadamente cierto.

Ren. Estás seguro? eso es increíble. Dónde debia tener yo entonces la cabeza? Con todo, amigo mio, te confieso que alguna vez me hallo dispuesto á sufrir semejantes equivocaciones.

Four. Que no son muy desventajosas al menos para tí.

Ren. Vaya, Fourbin, no hablemos mas de eso.

Four. Qué es no hablar? Al contrario, es preciso hablar de ello. Estás en una buena casa, segun me parece; te hallas con comodidades, yo soy desgraciado, y espero que harás por mi...

Ren. Todos los buenos oficios que pueda....

Four. Tú me darás....

Ren. Toma, eso ya se sabe, mil pruebas de mi amistad....

Four. Seguramente no querrás que pierda....

Ren. Cuenta con ella, amigo mio, cuenta con ella. La fortuna te ha traído por acá: puedes serme útil, y ganar mucho dinero.

Four. Cómo?

Ren. Escucha: esta casa es de Madama de Cerval, viuda quince años ha de un Armador muy rico, de quien no tuvo hijos: el señor

Olsan, mi amo, es sobrino suyo, y su único heredero; la tia goza de gran reputacion en Marsella, tanto por sus riquezas, como por la opinion de benéfica que se ha grangeado. Mi amo, huérfano y sin bienes de fortuna, ha sido educado desde pequeñito por esta buena señora, á quien debe cuanto tiene; y asi es, que á su presencia parece el mas comedido, y el mas juicioso de los hombres, siendo en la realidad un mal sugeto.

Four. Lo creo, cuando tú le sirves.

Ren. En esa casita, que ves sobre la derecha al fin de esta calle de naranjos, habitan provisionalmente el señor Adolfo Anglade y su muger, personas muy estimables, muy ricas, y que se casaron cerca de seis años hace, y que solo tienen un hijo.

Four. Ya, ya lo voy entendiendo: Madama de Anglade será bonita.

Ren. Y mucho.

Four. El señor Olsan está enamorado de ella....

Ren. Hasta enloquecer.

Four. Y cómo le supongo un diestro seductor, querrá....

Ren. Algo hay de eso. Hace seis años que mi amo, fastidiado de la vida licenciosa que tenia en París, y despues de haber gastado en un mes lo que su tia le daba para todo el año, vino á pasar algunos dias á su casa, donde vió á la hermosa Lina, que entonces estaba soltera. Enamorado de sus gracias, empezó á hacer la corte á sus padres, y les pidió su mano; mas como por desgracia no tenia bienes, se

hiciero
se fuer
de ag
y ali
res á c
fortun
y for
Nada
crey
la v
Lin
vien
ama
go d
su r
am
re
y
ad
Four
Ren
su
lo
a
F

hicieron sordos, y para quitársela de delante, se fueron á vivir á su quinta de Senesse cerca de aquí. Desesperado mi amo se volvió á París, y allí se entregó otra vez á todos los placeres á que ya habia renunciado: favorecióle la fortuna: ganó al juego sumas considerables, y formó el proyecto de correr la Europa. Nada te diré de nuestros viages; solo sí, que creyéndose Olsan curado de sus amores, dió la vuelta á Marsella, donde halló á su querida Lina casada ya con Adolfo de Anglade, viviendo en esta casa. La vista de su antigua amada, encendió otra vez en su corazon el fuego del amor: hízosele insoportable la dicha de su rival, y dominado por las dos pasiones, el amor y los celos, que le quitan el reposo, ha resuelto romper el lazo que une á los esposos, y poseer á toda costa la muger á quien tanto adora.

Four. Y ella qué tal recibe estos amores?

Ren. Nada sabe de eso. Segun parece tuvieron sus padres la prudencia de ocultarla á tiempo los pasos de mi amo, y este no tuvo por aquel entonees ocasion de declararla su pasion, sin que despues de su vuelta se haya aun atrevido á hacerlo. Lo malo es que ella no piensa como otras muchas..... adora á su esposo, cosa bien poco comun... Ama á su hijo... y... en una palabra es... es... un dragon en la virtud.

Four. Bien: usar de la intriga... Esta es muy buena ocasion para que un hombre de tu calaña luzca el talento... Pero qué piensa tu amo, robar á Madama de Anglade?

Ren. Ese es un medio nada nuevo y peligroso, usado solamente en las novelas. Yo he formado un proyecto mas noble, mas facil en su egecucion, y sobre todo mas seguro. Te instruiré en él, y me prestarás tu auxilio.

Four. Yo! No... ya no trato de mezclarme en asuntos de esa naturaleza.

Ren. Por qué?

Four. Quiero vivir de aquí adelante como hombre de bien.

Ren. Necio! Esperas que la fortuna te se entre por la puerta de casa? Vaya, vaya, dejemos esos escrúpulos, y apróvechate de esta ocasion para dejar un oficio que no se hizo para tí.

Four. Eso es verdad.

Ren. Cómo te has resuelto á vivir de un modo tan miserable y que tanto te humilla? Alargas la mano?... Ah! me estremezco.... á mendigar, á pedir.... á tomar.

Four. Qué quieres? se hace lo que se puede, se toma lo que se halla á la mano, y....

Ren. Soy tu amigo, y quiero sacarte de ese estado.

Four. Tal vez para hacer que me envíen á galeras he?

Ren. Calla, hombre: tienes unas cosas.... Escucha: tú e tás pobre, y cincuenta lises no te vendrán mal, no es verdad?

Four. Cincuenta lises! yo lo creo.

Ren. Pues bien, te los prometo para cuando verifiquemos los proyectos de mi amo. Mas él viene; vete pues, no quiero que te vea todavía, ni que te conozca nadie de la casa: toma un luis para que comas en algun figon, y ven-

te luego á pasearte cerca de esas verjas. Vá-
mos, vete.

Four. Yo habia hecho los mejores propósitos ...
pero siempre he de tropezar con algun bribon
que me los haga quebrantar, seduciéndome, y...

Ren. Vete á priesa.

Four. Cuan difícil es ser hombre de bien al que
se halla viciado en las iniquidades.

*Renato le echa fuera y cierra la verja. Olsan
entra con aire de tristeza y distraído.*

ESCENA V.

OLSAN Y RENATO.

Olsan. Me alegro de hallarte, Renato: buscán-
dote venia.

Ren. Aquí me teneis á vuestras órdenes.

Olsan. Has visto á Madama Anglade?

Ren. Está en el cuarto de Madama Cerval.

Olsan. Y su marido?

Ren. Salió hace un gran rato.

Olsan. Ya no hay remedio, Renato: quiero se-
guir tus consejos. Mucho tiempo ha que ocul-
to á los ojos de todos la pasión que me de-
vora, y me he visto en la necesidad de no
hablar de mi amor á Madama de Anglade,
afectando con ella la mayor indiferencia, por-
que de otra manera hubiera alarmado su vir-
tud, y esto me hubiera privado de la dicha de
verla; pero es muy penoso el violentarse, y
puesto que mis esfuerzos no pueden alejar la
desgracia que temia, porque dentro de poco
va á dejarnos....

Ren. Dé veras?

Olsan. Hoy mismo la haré conocer toda la fuerza de mi pasión.

Ren. Pero qué decís? sale Madama de Anglade de Marsella?

Olsan. Sí, ésta mañana se lo ha participado á mi tía, diciéndola que su marido tiene que ir á recorrer sus haciendas.

Ren. Qué marido tan fastidioso! Que se vaya, con tal que nos deje aquí su muger.

Olsan. En nada piensa menos que en eso, porque he llegado á sospechar que le disgusta el que yo visite á Lina, y que esta es una de las causas que aceleran su partida.

Ren. Pues qué está celoso? tanto mejor, porque un marido que empieza á tener zelos, pronto suele tener ocasion verdadera de tenerlos.

Olsan. Ya; pero entre tanto sale de Marsella, y me lleva consigo á Lina....

Ren. Señor, es preciso no perder tiempo. No sé por qué estais tan dudoso: yo apenas os conozco: no sois vos aquel Olsan tan célebre en los fastos de la galantería, tan ducho en el arte de seducir, y tan afamado por el número de sus conquistas, ó más bien de sus víctimas?... Aquí se os presenta la victoria más brillante: á nadie podeis haceros sospechoso, porque vuestro porté grave y pensativo, vuestra conducta reservada, las pomposas frases de moral que siempre teneis en los labios, á presencia de vuestra tía, y.... todo en fin se reúne para que ninguno piense mal de vos. Madama de Anglade ignora por otra parte vuestro amor, y aun parece que se interesa en

vuestra suerte: sois jóven, amable, vivo, y teneis un criado muy diestro: obrad, pues, con intrepidez, y añadid este triunfo mas á los ya logrados. Aunque no os moviese á esto el amor que teneis á Madama de Anglade, debiera haceros mas resuelto el odio con que mirais á vuestro rival.

Olsan. Sí, el odio que le tengo es aun mas grande que el amor á Lina: él me ha robado la felicidad, y parece que la fortuna ha hecho un milagro en favor suyo, solo por aumentar mi desesperacion.

Ren. Cómo, la fortuna?

Olsan. Sin duda. Adolfo nació de padres tan pobres como los míos, y su escasez de medios jamás le hubiera permitido aspirar á la mano de Lina, si un primo suyo, un tal Leon de Assandray no hubiera naufragado espresamente para dejarle riquezas inmensas. Gracias á esta herencia, y á la avaricia de mi tia, obtuvo de Madama de Senesse, la mano de su hermosa hija; pero no se crea enteramente dichoso; pues mientras yo viva no poseerá tranquilamente á Lina.

Ren. Bien, bien: ahora si que os conozco, y... mas aqui llega Madama de Anglade..... Me retiro.... tened valor.... (*Vase haciendo señas á su amo, y animándole.*)

Olsan. No me falta.

ESCENA VI.

OLSAN, LINA Y ALFONSO.

Alfons. Ah! mi buen amigo, me alegro mucho de veros.

Olsan. Ven acá, hermoso.... todo se os parece
Madama. *(abrazándole.)*

Lina. Lo decís de veras, Olsan? Yo no sé si me equivoco; pero siempre he creído que Alfonso es un vivo retrato de su padre.

Olsan. Quieres que te haga un regalo? (1)

Alfons. Son anises?

Olsan. Sí, y toda para tí.

Alfons. Si mamá quiere....

Lina. Toma, hijo mio, lo que el señor tiene la bondad de ofrecerte, y dale las gracias.

Alfons. Gracias. Quieres, mamá?

Lina. No, hijo mio, son para tí.

Alfons. Yo no me los comeré todos: quiero darle á papá cuando venga, y despues á Bertoldo y á todos. Qué cajita tan bonita! Voy á enseñársela á mi buena amiga. *(salt. de contento.)*

Lina. Alfonso, no te vayas, porque....

Alfons. Mamá, no te enfades, al instante vuelvo. *(Entra en la habitacion de M.^a Cerval.)*

Olsan. Edad dichosa, en la que ningun cuidado ninguna inquietud, turban la paz del alma. Esta es la sola época de nuestra existencia en que no puede alcanzarnos la desgracia.

Lina. Qué reflexiones tan sombrías! A qué vienen ahora?

Olsan. Ah Madama!

Lina. Me parece que hace algunos dias, y lo he notado no sin disgusto, que se deja ver en vuestro semblante una profunda tristeza, y como que estais agitado, y teneis alguna pena

1 Saca del bolsillo una cajita con anises.

Olsan. Y vos, Madama, os habeis dignado hacer esa observacion? Perdonadme.... me he esforzado hasta hoy para disimular mis pesares á los ojos de todos, y particularmente á los vuestros... lo habeis notado sin quererlo yo... pero no me pesa, porque mis penas se minoran con la generosa compasion que me mostrais... Os estoy reconocido.

Lina. Y no sabe vuestra tia lo que ocasiona vuestra pesadumbre?

Ols. Debe ser un misterio para todos, para todos.

Lina. Quiza no haceis bien en pensar asi, pues me parece que las penas mas agudas, se alivian cuando se cuentan á los demas.

Olsan. Ay! No puedo esperar ni aun ese pequeño consuelo.

Lina. Os tengo lástima.

Olsan. Me tenéis lástima! vos, madama, llena de todos los dones que consolidan la felicidad, vos que solo debeis conocer los placeres....

Lina. No es por ventura el mayor de todos socorrer al desgraciado?

Olsan. Ya dejo de acusar á mi suerte! Ya no me parecerá la vida un peso insoportable! Vos sola, Lina, vos sola podeis hacer que todavía la ame.

Lina. Cómo! *(sorprendida.)*

Olsan. Ya, Lina, no puedo callar mas: sí, de vos pende mi suerte: vuestras gracias....

Lina. Que atrevimiento es ese?

Olsan. Bien conozco que os ofende esta declaracion, mas perdonad el delirio de un momento, calculando mi dilatado silencio y todo lo que he podido sufrir. Ay! creia yo llevar mi

secreto conmigo al sepulcro; pero feliz por haberos visto, y escuchando que me compadeceis, me he aventurado á revelarlo... Vuestra compasion es para mi el bien supremo: ¿habré perdido para siempre?

Lina. Señor Olsan, no debeis olvidar que sois esposa y madre: así no esperéis de justificarnos para conmigo. El hombre que voluntariamente alimenta una pasion culpable hácia una muger, que no puede escucharle sin cometer un crimen; el hombre que lejos de huirla, busca rodeos indignos para seducirla....

Olsan. Rodeos indignos!

Lina. Ese hombre ha perdido cuanto derecho tenia á mi estimacion, y solo puede inspirarme desprecio.

Sale Alfons. Mamá, mamá, aquí viene mi buena amiga. *(de la habitacion de Mad. Cerv.)*

Lina. Madama Cerval!

Olsan. Mi tia!

Lina. Estoy demasiado turbada, y no me atreveria á mirarla. Ven, hijo mio.

Olsan. Madama, por compasion....

Lina. Dejadme, dejadme.

Vase apresurada llevándose á su hijo. Madama de Cerval, que entra al mismo tiempo, procura detenerla en vano.

ESCENA VII.

MADAMA DE CERVAL, OLSAN, RENATO viendo á Lina que sale precipitada dice aparte.

Ren. Malo, que huye! Mi amo está triste, y esto prueba que la cosa no ha salido como se pensaba.

Cerv. Parece que Madama de Anglade huye de mi: qué causa puede tener para eso? Dime, sobrino....

Olsan. Yo señora! — Qué la diré? (*aparte.*)

Cerv. Tambien tú me parece que estás turbado, y con alguna agitacion.

Olsan. Quién, yo? os equivocais: nada tengo que.... pero permitid que vaya á dar algunas órdenes....

Cerv. No, no: espérate.

Ren. Allá va un párrafo de moral.

Olsan. Qué tormento! (*aparte.*)

Cerv. Necesito hablar contigo. Tenia ánimo de hacerte entrar á mi gabinete; pero puesto que te hallo aqui, y que nadie nos oye, escucha un momento.

Ren. Qué querrá decirle? (*aparte.*)

Olsan. Señora, me teneis á vuestras órdenes.

Ren. Procuremos oir sin ser vistos..

Cerv. Yo te quiero, Olsan, y no debes dudar de ello.

Olsan. Me habeis dado tantas pruebas.... Habeis cuidado de mi niñez, me habeis educado, y os debo....

Cerv. Yo era viuda, y poseyendo unos bienes considerables, no podia hacer mejor uso de ellos. Ahora quiero darte una nueva prueba de mi afecto: sí, sobrino mio: para gozar de alguna consideracion en el mundo, es necesario tener un cierto establecimiento, una suerte segura, y en esto pienso con respecto á tí.

Ren. Este es un buen principio. (*aparte.*)

Olsan. Con respecto á mi! — En qué vendrá á

parar esto? *(aparte.)*

Cerv. Un pleito que he tenido con los parientes de mi marido, y cuya pérdida pudiera haberme dejado por puertas, me ha estorbado el que pensara en establecerte: pero en fin ya no existe este obstáculo, pues la justicia ha decidido en mi favor... He recogido todos mis capitales con sus intereses, y he logrado reunir una suma de cuatrocientos mil francos.

Olsan. Cuatrocientos mil francos!

Ren. Bonito dinero!

Cerv. Sí, cuatrocientos mil francos en billetes corrientes que guardo dentro de una cartera en mi buró.

Ren. Quien pescára la llave!

Olsan. Os doy la enhorabuena por el buen éxito de vuestros negocios.

Cerv. Pues aun me la darás de mejor gana, cuando sepas que esta suma está destinada para tí.

Olsan. Para mí!

Cerv. Sí, para tí.

Ren. Qué tia tan amable!

Cerv. Pero te advierto que ha de ser con una condicion.

Olsan. Vuestras meras insinuaciones serán siempre órdenes para mí: decidme, qué debo hacer!

Cerv. Casarte, sobrino.

Olsan. Casarme!

Ren. Tiró el diablo de la manta. *(aparte.)*

Cerv. Elije muger, pues te dejo libertad para ello, persuadida de que harás una buena elección; mas quiero que esto sea pronto: los cuatrocientos mil francos serán tu regalo de

boda. — Qué , no te decides?

Ren. Si yo estuviera en su lugar.... (*aparte.*)

Cerv. Piensa , Olsan , que mi amistad pende de tu obediencia.

Ren. Esto puede desconcertar del todo nuestros proyectos. (*aparte.*)

Cerv. No respondes?

Olsan. Me parece , amada tia , me permitireis que dilate....

Cerv. No , no lo pienso : aunque no tuviera grandísimos deseos de ver terminado este asunto , me escitaria á ello esta especie de turbacion que muestras.

Olsan. Yo.... si....

Cerv. Sobrino mio , conozco mejor que tú lo que pasa en tu corazón : estás alimentando un amor sin esperanza , que te dará muchas pesadumbres. La ausencia no ha podido extinguir la llama de tu pasión ; pero las circunstancias exigen que la sofoques para siempre ; y si Lina de Senesse pudo inspirarte amor , Madama de Anglade debe inspirarte respeto. Enamorar á esta muger virtuosa á la vista de su marido , y en mi casa , pensar en seducirla , fuera una ofensa , un crimen de que no te creo capaz. Si el amor pudo causar por algunos momentos tu desgracia , el matrimonio puede reparar todos los daños que aquel te originó , consolidando para siempre tu felicidad... Te quiero dar algun tiempo para que lo reflexiones ; pero mañana sin falta he de saber tu decision , y piensa que va en ella tu dicha , mi tranquilidad , y la de una muger á quien es-

timo, y que nunca reclamaria envano las pruebas que la debe mi amistad.

Vase por la puerta del fondo, quedando Olsan en la mayor turbacion. Renato sale de donde estaba escondido.

ESCENA VIII.

OLSAN Y RENATO.

Olsan. Soy perdido.

Ren. Qué dicha tan inesperada!

Olsan. Mi tia sospecha cuales son mis proyectos.

Ren. Qué tia tan buena y tan amable!

Olsan. Querer que me case!

Ren. Un regalo de cuatrocientos mil francos!

Olsan. No se puede dar mayor crueldad.

Ren. Quién ha visto generosidad mas grande?

Olsan. Qué me fuerze la necesidad á depender de ella!

Ren. Qué no tenga yo una tia como esta!

Olsan. Cuán desgraciado soy.

Ren. O doy la enhorabuena.

Olsan. La enhorabuena? Bribon!.. Y por qué? por que me caso?

Ren. No señor; por el dote.

Olsan. Qué me importa el dote?

Ren. Cuatrocientos mil francos, señor!...

Olsan. Y no haber de pensar mas en Lina...

Ren. Bien reeditarán por lo menos veinte mil libras al año.

Olsan. Tener que casarme.

Ren. Cierto que es gran mal: á ese precio me casaria yo diez veces, no una.

Olsan. Calla, calla.

Ren. Señor, no desecheis la propuesta.

Olsan. Quién, yo?

Ren. et. Siquiera compadeciéndoos de vuestros acreedores.

Olsan. Calla pícaro, ó sino...

Ren. Basta: ya no digo mas: cuatrocientos mil francos!...

Olsan. Has acabado?

Ren. Si me parece que lo estoy viendo: los billetes de cambio, la cartera, el buró... y en efecto, señor, vedlo.

Olsan. Cómo!

Ren. Ved el buró por esa ventana del gabinete que está abierta.

Olsan. Déjate de eso y hablemos de Lina.

Ren. Y qué hemos de decir?

Olsan. No ha querido escucharme.

Ren. Ya me lo aguardaba yo eso.

Olsan. Y me ha tratado con el mayor desprecio.

Ren. Pues debeis vengaros.

Olsan. Vengarme!

Ren. Sí señor: y á la mayor brevedad; para no perder los cuatrocientos mil francos.

Olsan. Y cómo lo he de hacer?

Ren. Dejándolo por mi cuenta.

Olsan. De que modo piensas valerte?

Ren. Aun no lo he pensado; pero si me lo encargais yo hallaré ciento.

Olsan. No, no puedo decidirme á ello.... Pensemos mas bien en dominar esta pasión criminal.... renunciemos á Lina, puesto que es preciso, y sacrifíquese todo antes que cometer un delito....
(*Vase muy turbado.*)

ESCENA IX.

RENATO, luego MARCELO Y LEON DE ASSANDRAY.

Ren. Qué quiere decir esto? Voto va á... mi amo se anda ahora con escrúpulos? Yo no puedo sufrirle.... Veamos, Renato, reflexionemos algun tanto lo que te tendrá mas cuenta.... si se casa será rico, es verdad, pero entonces no tiene mas que hacer, sino vivir enamorado de su muger, y entonces se acabaron las intrigas, y acabadas estas no me necesitará, perderé mi plaza, ó por lo menos una gran parte de los provechos que le son anejos... Vaya, vaya: esto no puede ser. A fe mia, señor Olsan, que, aunque lo siento, será preciso renunciéis á vuestros proyectos de prudencia, porque así lo exige mi interes, y porque mis consejos sabrán obligaros á que lo hagais así.

SALEN MARCELO Y LEON.

Marc. Venid, venid por acá. Ahí esta justamente el amigo Renato, que os dirá lo que quereis saber.

Leon. Me alegro, porque hace una hora que me estas hablando, sin haber respondido á una sola de mis preguntas.

Marc. Ya... si preguntais doce cosas de cada vez.

Ren. Qué buskais, amigo mio?

Leon. (ap.) Que impertinencia. — Vive aquí el caballero Adolfo de Anglade?

Ren. Sí señor, aunque no de asiento... Vive en aquella casita que podeis ver desde aquí.

Marc. Esto ya os lo habia dicho yo: es cosa bien fácil de....

Leon. Y es suya esa casa?

Ren. No señor, que es de Madama de Cerval.

Leon. Sí: ya la conozco.

Marc. El honor es para ella.

Leon. Con qué no vive de asiento en Marsella?

Marc. Ya os dije que no, así....

Ren. Calla, Marcelo.

Leon. Está casado?

Ren. (ap.) Me gustan las preguntas. — Sí señor.

Leon. Y es rica su muger?

Ren. Sí señor.

Marc. Digo: y que teneis con eso?

Leon. Tiene hijos?

Ren. Sí señor.

Leon. Y tiene muchos bienes?

Ren. Sí señor.

Leon. Y qué uso hace de ellos?

Ren. El mejor que puede hacerse: se lleva una buena vida, ocupa un rango brillante en la sociedad, vive con fausto, tiene buena mesa, y obsequia á sus amigos.

Leon. Ah, ah, es un prodigio. (aparte.)

Marc. Que mal haceis, señor Renato, en decir...

Leon. Este bobo me habia dicho que habia salido.

Marc. Cómo este bobo?

Ren. Es cierto.

Leon. Y á qué hora volverá á casa?

Ren. No me lo ha dicho.

Marc. Venga á la que quiera, no podreis verle al instante.

Leon. Y por qué?

Marc. Porque tenemos en casa una funcion, y funcion de mucha importancia.

Leon. Y qué se me dá á mi? Yo no he venido

para asistir á la funcion; al contrario.

Ren. Cómo al contrario?

Marc. Pues que quereis hacer algun daño al señor Anglade?

Leon. Quiero lo que quiero, qué te importa á tí? Puede ser que no le guste el verme.... Puede ser tambien que.... Su conducta será la norma de la mia: quedaos con Dios: volveré despues.

Ren. Qué dianche! Ya empiezo á tener curiosidad. (*ap.*) Señor, con vuestro permiso, si me decís co no os llamais, pudiera....

Leon. Justamente eso es lo que no quiero decir. Solo me daré á conocer al caballero Anglade: luego que le haya yo dicho quién soy, y á que vengo, podrá confiároslo si le parece oportuno. A Dios.

ESCENA X.

RENATO, MARCELO Y BERTOLDO.

Bert. Quién es este hombre tan raro?

Marc. Señor Bertoldo, busca al caballero Anglade.

Bert. Y por qué no le habeis llevado á verle?

Ren. Pues qué ha vuelto?

Bert. Es claro, porque yo salí con él, y estoy aquí.

Marc. Como no lo sabíamos.

Bert. Ya va lejos. No ha dicho siquiera su nombre? (*se llega á la verja para llamar á Leon.*)

Ren. No quiere decirle sino al señor Anglade.

Bert. Ha dicho si volverá?

Marc. Sí, sí: ha dicho que volvería.

Bert. Cuánto siento no haber llegado un momento antes! Tal vez será algun negocio de importancia.

Marc. Pues maldito el sentimiento que tengo yo. Quizá nos hubiera aguada la fiesta.

Bert. Pues cómo?

Marc. Cáspita! si tiene una cara... un aire..... Ese diablo de hombre me ha quitado la alegría con su dichito: »Yo no he venido para asistir á la fiesta; todo al contrario.

Bert. Dijo eso?

Ren. Bertoldo, gozais la confianza del señor Anglade? *(cogiéndole aparte.)*

Bert. Y creo merecerla.

Ren. De ese modo conoceréis en qué estado se hallan sus negocios?

Bert. A que vienen esas preguntas?

Ren. Tal vez tiene enemigos vuestro amo?

Bert. No deberá de tenerlos, porque siempre ha hecho bien á todos; pero esto no basta.

Ren. Lo que Marcelo acaba de deciros es verdad: yo tambien tengo mis recelos; porque este desconocido me parece que tiene intenciones de... Pensais que vuestro amo?...

Bert. Señor Renato, yo quiero á mi amo de todo mi corazon, y daria mi vida á trueque de ahorrarle el menor disgusto; pero jamás he tratado de sorprender sus secretos, y cuando me los confia, jamás se los revelo á nadie.

Ren. Yo quisiera saber... *(aparte.)*

Marc. Ay Dios mio! todos vienen para la funcion, y aun no estoy yo dispuesto.... buenos estamos... eh, vamos al tocador á vestirnos. *(V.)*

Bert. Allí viene mi amo con la señora y Madama de Cerval.

Ren. Tambien viene mi amo.

ESCENA XI.

ANGLADE, LINA, M.^a DE CERVAL, ALFONSO
luego OLSAN, MARCELO y todos los de la fiesta

Angl. En efecto, mi amada Lina, Alfonso tiene
razon, porque esa tristeza no es habitual en tí
Alfons. Yo la he visto tan triste!

Lina. Te engañas: no estoy triste. Cómo pudiera
estarlo, cuando nada me falta para ser feliz

Angl. Con todo, cuando he entrado en tu cuarto
no me parece que tenias aquella tranquilidad
aquella dulce satisfaccion, que con tanto placer
he notado siempre en tus miradas, y aun me
pareció que habias llorado.

Lina. Yo? te engañas.

Alfons. Papá, papá: yo la he visto llorar.

Angl. Mi querida Lina....

Alfons. Ya viene mi amigo Olsan.

Lina. Olsan! (con sentimiento.)

Angl. Que seais bien venido, señor Olsan (1):
aun no habia tenido hoy el gusto de veros: co-
mo estabais tan ocupado con vuestros prepara-
tivos. Esta funcion os ha dado mucho que hacer

Olsan. No lo siento, y me tendré por muy di-
choso, si puedo manifestar á mi tia el recono-
cimiento que....

Cerv. Jamás he dudado eso, Olsan, y espero que
pronto me darás una nueva prueba.

Marc. sale corriendo. Ya viene todita la gente:
nuestra ama, mis parientes, los de Teresa, to-
dos los trabajadores de la bastida, bailarines,
músicos de.... cómo llamais á esa gente, señor
Renato?

I. Sin reparar en la turbacion de Lina.

Ren. Trobadores.

Marc. Sí, trovadores: eso es. Qué alegría, qué función! Vamos, vamos.... (1) Ahora me toca á mi; si la compañía lo permite. Entonaré un rondó provenzal, y cuidado, amigos, que canteis todos el estribillo.

Ren. Madama, la mesa está ya preparada.

Cerv. Vamos, amigos: toda la tarde está dedicada al regocijo: despues de cantar y bailar cenaremos (2).

Marc. Cenar! este si que es un buen baile.

Bert. Señor, una persona desconocida para mi, quiere hablaros sobre un asunto que, segun dice, es de la mayor importancia.

Angl. Si me permitís, señora....

Cerv. Id, señor Anglade: con los amigos nunca hay etiquetas.

I Se abre enteramente la vérja, y entran los trovadores bailando: saludan á los que estaban en la escena, y se colocan á un lado. Luego llegan por el canal barquillas muy adornadas llenas de músicos y de bailarines, vestidos como los antiguos trovadores provenzales, que desembarcan y se colocan en otra parte de la escena: los amos de casa se sientan al lado opuesto bajo los cañizos del bosquete. Bailete. Despues Marcelo se coloca en medio de la escena.

2 Anglade ofrece la mano á Madama de Cerval: Olsan da la suya á Lina, que la acepta por fuerza; y al momento en que todos van á entrar á la habitacion de Madama de Cerval, aparece Bertoldo seguido de Leon de Assaudray.

Angl. Pronto daré la vuelta.

Marc. Venid conmigo, amigos míos, que también hay cena para vosotros, y yo soy el que hago los honores. *(Vanse todos.)*

Lina y Madama de Cerval entran en la habitación de esta última. Se van los trabajadores por otra parte con Marcelo; y Leon de Assandray que estará hácia el fondo, se adelanta cuando está desocupado el teatro.

ESCENA XII.

LEON, ANGLADE Y BERTOLDO.

Angl. Sois vos el que desea hablarme?

Leon. El mismo.

Angl. Si gustais de venir á mi habitación.

Leon. No hay para que: os esperan, y yo pienso despachar muy breve; pero haced que se retire este criado.

Angl. Dejados, Bertoldo.

Bert. Pero mi amado señor....

Angl. Haz lo que te digo.

Bert. No me dá buena espina ese forastero: yo voy á advertírsele á la señora.

ESCENA XIII.

ANGLADE Y LEON DE ASSANDRAY.

Leon. Veamos como recibe la noticia. *(ap.)*

Angl. Señor, puedo yo saber?....

Leon. Parece que no me conoceis? *(con aspereza.)*

Angl. No señor.

Leon. No lo extraño: nos hemos visto pocas veces, porque estabais aun en el colegio cuando yo salí para Marsella; y quince años de des-

gracias han podido muy bien desfigurarme á tal punto que no sea fácil conocerme.

Angl. Qué oigo!

Leon He corrido la mayor parte de los mares; mi buque naufragó, y habiéndome salvado de una muerte casi inevitable, el capitán de un corsario tuvo la crueldad de arrojarme con otros náufragos á una isla que trataban de cultivar los ingleses: vime en ella condenado á los trabajos mas penosos, y al cabo de quince años pude, no sin grandes riesgos, librarme de aquella especie de cautiverio, y volver por fin á mi patria. Reconoced en mi....

Anglade que se ha conmovido por grados durante la anterior relacion, esclama sorprendido:

Angl. Ah! ahora recuerdo vuestra fisonomía: sí, os conozco.... sois Leon.

Leon. El mismo. Vuelvo á mi pais pobre, mientras que estais disfrutando de mis bienes ya hace mucho tiempo; y me lisongo de que no dudareis en restituirme lo que tan legítimamente me pertenece; que no tendreis ninguna dificultad; en fin....

Angl. Yo! Ved, señor, que no me conoceis; pero debiera bastaros el saber á que familia pertenecemos los dos, para juzgar que soy incapaz de proceder de un modo que no sea regular; y aun sino fuerais hijo de un tío, cuya memoria respetaré siempre, casi llegaria á entrever una sospecha que me ofende.

Leon. Tranquilizaos, que no ha sido mi intencion daros un sentimiento. Pero á veces, las desgracias nos hacen injustos á medida que a-

grian el caracter: me he visto engañado tantas veces, y la situacion en que me hallo....

Angl. No creo que os haya dado derecho para dudar de mi honradez; mas todo lo olvido puesto que reconocéis vuestro error. Con qué venís á reclamar los bienes que á su fallecimiento me dejó vuestro padre?

Leon. Y qué no es justo?

Angl. Podeis disponer de ellos, porque desde este momento ya no me considero sino como un depositario, y estoy pronto á daros cuenta de todo.

Leon. Tanto mejor; pues tengo precision de volver cuanto antes á la isla; pero creo que necesitareis algun tiempo para poner en casa del notario de nuestra familia todo aquello que me sois deudor, y para esto os doy tres dias de término.

Angl. Tres dias! El tiempo es muy corto... mas no importa. Y qué entendeis por todo aquello de que os soy deudor?

Leon. Qué entiendo! las escrituras de pertenencia de las fincas que habeis heredado en lugar mio, las rentas que habeis percibido, y los intereses que os debe haber reportado el dinero.

Angl. El dinero? el tio tenia muy poco dinero contante; las escrituras quedaron en poder del notario, y por lo que hace á las rentas que han producido las fincas, en esto iremos á partes iguales. Solo tengo que haceros una observacion, y es que juzgándome dueño de lo que entonces llamaba yo mi fortuna, dispuse de ello, como todo rico debia disponer.

Leon. Qué quereis decir con eso?

Angl. Qué habiendo destruido la cosecha de un año, uno de aquellos azotes que tan á menudo afligen á los hombres, no quise tomar nada de vuestros renteros, que hallándose cargados de una familia numerosa, se hubieran visto reducidos á la miseria, y tal vez á la desesperacion, si hubiese exigido de ellos la renta de las tierras.

Leon. Muy bien: cada uno tiene su modo de pensar, y no hubiera sido ese el mio.

Angl. Luego no teneis humanidad?

Leon. Humanidad! la han usado por ventura conmigo cuando me abrumaban las desgracias? os repito, señor, que quiero todo lo que se me debe.

Angl. Pero reflexionad que apenas bastaria mi caudal propio para volveros lo que exigís de mi. Quereis que me quede en la calle por haber conservado vuestras haciendas?

Leon. Contestaciones tenemos! Ya esperaba yo esto; pero á fe que los tribunales decidirán.

Angl. No, no hay necesidad de los tribunales. Quise apelar á vuestro corazon; mas puesto que se hace el sordo á la voz de la humanidad, veo lo que me resta que hacer: nada perdereis, señor, y dentro de tres dias estarán á vuestra disposicion, capital, intereses; todo, todo.

Leon. Bien: dentro de tres dias?

Angl. Sí, dentro de tres dias: y por sí de aquí para entonces necesitais algun dinero, os entregaré mañana todo lo que pueda realizar.

Leon. Eso será obligarme: mañana antes de medio dia pasará á veros.

Angl. Os espero sin falta.

Leon. Bueno!... No me habian engañado, pue
veo que sois muy caballero. Dentro de poco
dias nos iremos conociendo mejor, y enton
ces.... Quedad con Dios, y hasta mañana.

Angl. Hasta mañana.

ESCENA XIV.

ANGLADE, LINA Y LUEGO BERTOLDO.

Angl. Que golpe tan terrible! Y dichoso yo
me tocára á mi solo! Es preciso que mi ama
da Lina tenga igual parte en este infortunio.
Cómo podré referirla un acontecimiento ta
fatal?... Dios mio, creo que viene! Sí, ella es.
Nunca he temido hasta ahora su presencia.

Lina. Querido mio, Bertoldo acaba de decirme
que te estaba hablando un hombre muy poc
comedido, y de muy malas trazas: qué quería

Ángl. No puedo ocultárselo, y me falta valo
para decírselo. *(ap.)*

Lina. Suspiras! Apartas la vista de mí, y n
quieres responderme!... Es posible que Adolf
tenga alguna pesadumbre, y trate de ocultár
mela?

Angl. No, mi amada Lina: es verdad que teng
una pesadumbre, y bien cruel; pero teme e
saber su origen.

Lina. Pues que ha sucedido? *(asustada.)*

Angl. Una desgracia imprevista, que no me atre
vo á manifestarte.

Lina. Una desgracia! Solo seria terrible para m
la que me separase de tu lado.... Dime, dime
qué ha sucedido?

Lina. Voy á decírtelo, Lina, pero lejos de calmar tus cuidados, aumentaré tu inquietud.

Lina. No me tengas mas tiempo en la incertidumbre, por tu amor.

Angl. Por mi amor!... sabe pues la verdad: ya no soy aquel Adolfo de Anglade que tenia inmensos bienes... estos no me pertenecen... y otro va á poseerlos.

Lina. Otro va á poseerlos!

Angl. Bien habia yo previsto el efecto que produciria en tí tal noticia, y por eso trataba de ocultártela... pero...

Lina. Y por qué? no nos hemos unido para mientras vivamos? No deben sernos comunes los bienes y los males? como yo esté á tu lado, mi querido Adolfo, no pueden amedrentarme los mayores contratiempos. Solo quisiera saber qué fatalidad ha podido?....

Angl. Pocas palabras bastarán para que lo sepas: Leon de Assandray no ha muerto, pues logró salvarse del naufragio en que todos creian hubiese perecido, y el mismo Leon es el que acaba de estar conmigo reclamando la hacienda de su padre.

Lina. Pues es preciso volvérsela; Adolfo, y esto lo mas pronto que sea posible.

Angl. A eso me he comprometido, y de eso voy á tratar; pero no puedo satisfacer á su demanda sino haciendo grandes sacrificios. Será necesario vender mis propios bienes para dar á Leon su hacienda en los términos que la exige.

Lina. Pues vende tambien mis diamantes, que á mi ninguna falta me hacen, y en la vida re-

tirada que por necesidad tendremos que hacer semejantes objetos de lujo serán enteramente inútiles.

Angl. Muger sin igual, tu virtud me reanima, ya me siento capaz de hacer todos los sacrificios imaginables.... Fortuna, grandezas, hui lejos de mi; perdiéndoos quedo sobradamente rico, pues me quedan la paz de mi conciencia, la estimacion de los hombres de bien y el amor de Lina. Pero sabe que solo tengo tres dias para dar mis cuentas, y así voy ver á Madama de Cerval, y á escusarme de asistir á la funcion.... Qué te parece que preteste?

Lina. Entérala de todo, pues el que sabe conservar su honor, no debe avergonzarse de haber perdido los bienes.

Angl. Esa era mi intencion, aunque no me atrevia á decírtelo.

Lina. Vamos, pues.

Sale Bertoldo. Madama de Cerval inquieta y con vuestra ausencia, me envia á buscaros.

Lina. Mira, Bertoldo, como conozco tu celo, y lo que nos estimas, te voy á encargar una comision, que mi marido tal vez rehusaria e confiártela.

Bert. Y qué debo hacer, señora?

Lina. Buscar un joyista que quiera comprar y pagar á dinero contante una partida de diamantes que valdra cerca de cien mil francos, y haz que mañana por la mañana venga á buscar Adolfo, que le enseñará mi aderezo.

Bert. Me asustais, señora. Pues qué os ha sucedido alguna desgracia?

Lina. Ya lo sabrás cuando sea tiempo. Haz lo que te digo, Bertoldo, que yo recompensaré tus buenos servicios.

Bert. Mi obligacion es obedecer.

Lina. Vamos, Adolfo, vamos á ver á Madama de Cerval: (Vanse.)

Bert. Recompensar mis buenos servicios! si querán despedirme? Mi amo estaba triste, la señora parecia llena de agitacion... si les habrá sucedido algun mal? Este hombre que vino á hablar con mi amo puede que sea la causa... No permitais, Dios mio, que se vea turbada la felicidad de mis buenos amos.

ESCENA XV.

DICHO, MARCELO Y LUEGO RENATO.

Marc. Esto si que se puede llamar un buen dia... He comido tanto... Eh! estabais ahi, señor Bertoldo? Qué haceis tan solitario?

Bert. Nada.

Marc. Estais triste.... Qué teneis? alguna pesadumbre?

Bert. Qué te importa?

Marc. Ah! si, es verdad que eso no me toca á mi en nada.

Bert. Dime, Marcelo, tú sabes que yo no conozco bien esta ciudad; dónde encontraremos cerca de aqui un joyista?

Marc. Un joyista! A fe mia que no conozco ningun otro que el señor Dumont que me ha vendido los pendientes que he regalado á mi Teresa para el dia de la boda.

Sale Renato de la habitacion de Madama Cerval sin que le vean Marcelo ni Bertoldo.

Ren. Bertoldo con Marcelo! (*siempre aparte.*)

Bert. Es rico?

Marc. Así lo creo: dicen que es como uno que se llama Creso, muy rico, muy rico.

Bert. Y piensas que sería hombre para comprar una partida de diamantes que importará una cantidad muy considerable?

Ren. Diamantes!

Marc. Oh! sin duda: he oído decir que comerciaba en esto de comprar y vender, y que es fuerte.

Ren. Adónde irá á parar esto?

Bert. Pues tengo necesidad de hablar con ese joyista; pero no puedo salir de casa ahora. Quiéres encargarte de mi comision?

Marc. Toma qué si quiero! Ahora mismo voy

Bert. Encárgale que no deje de pasarse por aquí que el señor Anglade le espera mañana por la mañana en su cuarto.

Ren. Anglade!... Mañana por la mañana!...

Marc. Dios mio! De que modo me lo encargáis señor Bertoldo?

Ren. Qué escucho!

Marc. Cómo! el buen señor Anglade!... Quién puede desearle mal!

Bert. Mi querido Marcelo, hay hombres tan malos... mas qué veo, Renato! Ven, Marcelo

Marc. Ya os sigo, señor Bertoldo. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

RENATO, DESPUES OLSAN, LUEGO FOURBIN.

Ren. Se habrá visto un vejancon mas marrullero
Aqui pasa alguna cosa muy particular: y n

hay medio de saberlo... Ellos están tristes... Anglade sobre todo desde que habló con aquel desconocido.... alguien viene.... es mi amo.

Sale Olsan. Ah, mi querido Renato, que noticia tan fatal!

Ren. Cual señor?

Olsan. Figurate el mas extraordinario acontecimiento....

Ren. Algo sospecho, y rabio por saberlo á punto fijo: decid, decid, que ya os escucho.

Olsan. Anglade, sí, mi aborrecido rival, esta arruinado.

Ren. Arruinado!

Olsan. Sí: acaba de decírselo en mi presencia á mi tia. El desconocido que ha venido á buscarle no era otro que Leon de Assandray, que viene á reclamar sus bienes, y Anglade se halla en la precision de dárselos todos; y su ruina es inevitable.

Ren. Feliz acontecimiento, que parece venir espresamente á favorecer vuestros designios.

Olsan. Yo lo pensaba como tú, y mi primer movimiento fue entregarme á esta dulce esperanza, despues me empecé á compadecer de la suerte de Lina, y á buscar medios para merecer su amor escitando su gratitud. Y á qué no adivinas lo que hice con este objeto?

Ren. No señor; pero temo que....

Olsan. Supliqué á mi tia que dispusiese á favor de Anglade de los cuatrocientos mil francos que me tenia destinados.

Ren. Qué idea, señor!

Olsan. Pues lo querrás creer? Lina se ha negado á admitirlo.

Ren. Y por vida de... que ha hecho bien.

Olsan. A pesar de verse obligada á disimular en presencia de su marido, ví en sus ojos el desprecio con que me miraba, y que esta era la única causa de negarse á admitir aquella oferta. Ah! este espectáculo contristó mi corazón, y solo siento dentro de él el deseo de la venganza.

Ren. Pues bien, señor, os vengareis... poseereis á Lina. *(ha estado reflexionando.)*

Olsan. Qué dices?

Ren. Mi imaginacion está trabajando.... tengo un proyecto.

Olsan. Cuál es?

Ren. Ya lo sabreis: dejadme obrar, y yo respondo del éxito.

Olsan. Pero guárdate....

Ren. No tengais cuidado. El proyecto es soberbio, y el éxito infalible; pero es necesario que me deis pasaporte en blanco.

Olsan. No sé si debo....

Ren. No se puede perder un momento. Dejadme á mí hacer.

Olsan. Pero dime al menos....

Ren. No puedo: decidme si ó no.

Olsan. No me atrevo.

Ren. Pues no hablemos mas de ello. Quedad con Dios.

Olsan. Espera.... la pasión puede mas que yo: todo lo consiento, y me entrego en tus manos.

Ren. Muy bien: Fourbin? Fourbin?

Sale Fourbin. Aquí estoy.

Ren. Sígueme, que me puedes ser útil, y tendrás una buena recompensa.

ser dueño de unos bienes de tanta consideracion, como los que le entrego, me reduzca á hacer semejantes sacrificios! Y atreverse á amenazarme con los tribunales! Hay hombres muy injustos; pero olvidemos sus malos procederes, pues dentro de poco nada tendré que ver con él. Con todo, es preciso resolverme á recibir esta mañana su segunda visita: aun no tengo á mi disposicion mas que once mil y quinientas libras, que voy á entregarle; y aun que esta cantidad es muy corta en comparacion de la que le debo dar, no obstante, con esta entrega esperará mas tranquilo el plazo que me ha señalado para la total rendicion de mis cuentas.

ESCENA II.

*ANGLADE Y BERTOLDO, que ha salido despa-
sito mientras dijo las últimas palabras.*

Bert. Teneis necesidad de algo, señor?

Angl. No, Bertoldo, muchas gracias.

Bert. Si quereis desayunaros....

Angl. Todavía no.

Bert. Como es tan tarde, y no habeis dormido en toda la noche....

Angl. Dices que es tarde?

Bert. Acaban de dar las siete.

Angl. Las siete? quién lo creyera! Abre las ventanas.

Bert. Muy bien, señor. *(lo egecuta)*

Angl. Con que presteza ha pasado esta noche! Y que poco tiempo me queda de gozar los bienes que yo creí poseia legítimamente... La casualidad me hizo dueño de ellos, la suerte me

los quita ahora, y venero sin murmurar los decretos de la Providencia; aun soy jóven, no me falta ingenio, y podré emplearle con alguna especie de trabajo que asegure lo existencia de mi esposa, y la suerte futura de mi hijo... Ah! esta sola idea reanima todo mi valor desmayado... Y tú no te has acostado, Bertoldo?

Bert. No señor: he querido quedarme velando con vos. *(apaga las luces.)*

Angl. Has hecho mal, porque en tu edad es absolutamente necesario el descanso.

Bert. El descanso! Pensais que puedo descansar cuando os contemplo desgraciado?

Angl. Y la comision que te dió ayer mi muger?

Bert. Ya está evacuada: el joyista dijo que tendria el honor de venir á veros hoy antes del medio dia.

Angl. Antes de medio dia! bien: déjame solo.

Bert. Pero señor...

Angl. Qué quieres?

Bert. Si me dierais permiso....

Angl. Para qué?

Bert. Si es que no os incomoda....

Angl. Acaba hombre.

Bert. Tengo una grande precision de hablaros.

Angl. Pues bien, ya te escucho: habla, habla.

Bert. Ese tono de bondad me anima: sí, mi querido amo, voy á tener el atrevimiento de manifestaros mi corazon, de confiaros mis recelos.

Angl. Tus recelos, Bertoldo! Qué quieres decir con eso?

Bert. La órden que me dió ayer tarde la señora me hace temblar. Demasiado conozco que para

decidiros á vender los diamantes del ama, e preciso que hayais tenido considerables pérdidas

Angl. Cierto es, amigo mio.

Bert. Y esto me hace recelar.... (*dudoso.*)

Angl. Qué?

Bert. Que vuestra intencion será la de no tenerme mas en vuestro servicio.

Angl. Bertoldo, no puedo menos de alabar tu celo y tu fidelidad; pero mis facultades serán de aqui en adelante muy cortas: mi ánimo es de ir á vivir á Senesse con mi muger y con mi hijo sin aparato, sin lujo y sin criados.

Bert. Sin criados! y tendreis la inhumanidad de despedirme?... de despedir al pobre Bertoldo que os sirve treinta años hace, que os ha visto nacer, y que jamás pensaba dejaros?

Angl. Será preciso.

Bert. No lo esperéis: no, no os dejaré. Siempre habeis de tener necesidad de una persona que os sirva; yo seré esa persona.... Descuidad, que no os seré gravoso, porque tomaré á mi cargo cultivar el jardin, atender á el manejo interior de la casa, y hacer los recados y demas que se ofrezca por fuera. Ni tampoco quiero estipendio: no señor, ni un sueldo. La certidumbre de estar siempre á vuestro lado, la satisfacion de lograr vuestra confianza y la esperanza de aliviar vuestras penas, es lo único que deseo. Amo mio, mi buen amo, no me negueis por Dios esta gracia. (*de rodillas.*)

Angl. Alza, modelo de honradez. No quedarás sin recompensa ese noble modo de pensar: tú vendrás conmigo á Senesse. Que si cuando es

taba rico, pude hallar en tí un fiel y buen servidor, ahora que soy pobre, encontraré en tu afecto los consuelos de la amistad.

Bert. Con qué está decidido que me quedo con vos?

Angl. Sí, y para no separarte jamás de mi.

Bert. Ahora sí que respiro. Yo estaba seguro de que no podiais negármelo; y en todo caso ya me habia decidido á seguiros aunque no quisierais: me hubiera presentado á vuestra puerta, y no hubierais tenido valor para negar la entrada á vuestro viejo criado. Mi querido amo, tengo un júbilo! *(le besa la mano.)*

Angl. Quién anda en la puerta?

Bert. Es Alfonsito. *(abre la puerta de la izquier.)*

ESCENA III.

DICHOS Y ALFONSO CON UN COFRECHITO.

Alfons. Buenos dias, papá.

Angl. Cómo te has levantado tan temprano?

Alfons. Levantado papá! sino me he acostado, ni mamá tampoco.

Angl. Pobre Lina.

Alfons. Mamá me ha dado esto para tí, y me ha dicho: "Alfonso, lleva esto á papá", y luego se á puesto á llorar.

Angl. Dame, dame, hijo mio... cruel necesidad.

Bert. Vamos, vamos de aquí, Alfonsito, que tu papá está muy ocupado, y necesita estar solo.

Angl. Sí, vamos con mamá. *(abrazo á su papá)*

Angl. Avísame cuando venga el joyista, Bertoldo.

Bert. Muy bien.

ESCENA IV.

ANGLADE en el gabinete, RENATO Y FOURBIN en el jardin.

Angl. Qué hombre tan de bien es este Bertoldo. Jamás olvidaré esta última prueba de su buen corazón, y me alegro de poder tenerle á mi lado. De este modo se contrapesa en el mundo la bondad de los unos con la dureza y mal corazón de los otros (1).

ESCENA V.

ANGLADE SOLO.

Angl. No se de que nace esta debilidad que tengo en el espíritu; pero este es el sacrificio que me cuesta mas... Adorno brillante vas á pasar á otras manos, pero nunca servirás para engalanar á una criatura mas virtuosa que Lina. Por lo menos reserve este precioso anillo... no por su valor, sino porque fue antes de mi matrimonio prenda de mi respetuoso amor, y de la fe que iba á jurar al pie de los altares.

1 Se descubren al traves de los cristales de las ventanas Renato y Fourbin, este último con un pelucon y un traje decente. Se acercan poco á poco hácia las ventanas sin que lo observe Anglade, que sentado en su escritorio abre el cofrecito y saca la caja que contiene el aderezo. mirando alternativamente á los diamantes y hácia la puerta de la habitacion de Lina. Renato muestra Anglade á Fourbin, y le señala la puerta, por donde debe entrar: luego se dan las manos, parten por distinto lado cada uno.

ESCENA VI.

ANGLADE, BERTOLDO y luego FOURBIN disfraz.

Bert. Señor, el joyista que habeis enviado á llamar espera permiso para entrar.

Angl. Está ya ahí? Qué pase adelante.

Bert. Entrad, señor. *(vase.)*

Sale Fourbin. Sois vos, señor, el que quiere venderme un aderezo de diamantes? El jardinero de la casa, Marcelo, ha venido á avisarme, y no me he detenido en ponerme á vuestras órdenes.

Angl. Y venís con ánimo de comprar?

Four. Sí señor, si es cosa que me conviene, y si no tiene un precio muy alto.

Angl. Ya os habrán advertido que ascienden los diamantes á una suma considerable.

Four. Sí señor; mas esto no me detendrá, porque tengo una buena ocasion para darles salida.

Angl. Pues aquí los teneis. El aderezo es de la última moda, y el dibujo de mucho gusto: aunque costó cien mil francos; yo os los daré por noventa mil.

Four. Me permitís que lo examine?

Angl. Con mucho gusto. Oh! el aderezo está completo: diadema, collar, pendientes, manillas.... *(le entrega la caja.)*

Four. Cuánta riqueza! *(aparte.)*

Angl. Qué decis?

Four. Qué las piedras me parecen muy hermosas y muy bien clavadas; pero noventa mil francos es mucho dinero....

Angl. Lo valen, y no los daré por menos.

Four. Vamos, que ya hareis alguna rebaja.

Angl. Ninguna absolutamente: sino os acomodó otro vendrá, y.... *(alarga la mano.)*

Four. Esperad un poquito, esperad: que pues preciso pasar por ello, voy á comprarlos; pero en verdad que si no tuviera ocasión para salir de ellos con alguna ventaja, no me arriesgaría. Ahí teneis, señor, los noventa mil francos e billetes de caja corrientes: contadlos, á ver si están cabales (r).

Four. Aquí está bien, y ya tengo cobrada mi parte. *(apart.)*

Angl. Qué es eso? *(volviéndose de repente.)*

Four. Nada: estaba mirando.... Habeis hecho vuestra cuenta?

Angl. Sí señor.

Four. Entonces tendré el honor de saludaros despedirme. — Vamos á buscar á Renato. *(aparte.)*

Vase Fourbin, y Anglade reúne los billetes que acaba de recibir con los que ha sacado anteriormente de uno de los cajones de su escritorio, los mete en un cartapacio, poniéndolos sobre la cómoda.

Angl. Ahora bien, ya puede venir Leon cuando quiera, pues me hallo en estado de cumplir mi promesa. Oigo ruido!.... Ah! es mi amada Lina

I Anglade toma los billetes, se acerca á su escritorio, y los cuenta: mientras está ocupado en esto, Fourbin registra con la vista todo el cuarto, y la detiene un momento sobre el canapé, luego, como habiéndole ocurrido súbitamente una idea, esconde bajo uno de los almohadones la caja de los diamantes y una gran cartera.

ESCENA VII.

ANGLADE Y LINA.

Lina. Querido mio, estoy llena de impaciencia, y deseo con la mayor ansia saber si has encontrado los papeles que necesitabas.

Angla. Si mi amada Lina; mas por casualidad, que por prevision trage de Senesse todos los que podian servirme para formalizar mis cuentas.

Lina. Te doy la enhorabuena.

Angla. Mi amada Lina, ya estan vendidos tus diamantes. *(con tono triste.)*

Lina. Estan ya vendidos!.... Aunque no debia esperar otra cosa, te confieso, que al escucharlo siento un no sé que, indefinible á la verdad.

Angla. Tambien me ha pasado á mi lo mismo al mirarlos por la última vez.

Lina. El sacrificio se hizo ya, mi querido Adolfo, y no conviene pensar mas en ello.

Angl. Miremos para consolarnos esta sortija que tambien estaba con ellos, y que he querido reservar. Yo te la dí cuando solo era tu amante; recíbela pues hoy de las manos de tu fiel esposo, y sea ella la que estreche, si es posible, los lazos que nosotros mismos hemos formado.

Lina. Y que nos unen indisolublemente.

Angl. Parece que acabas de leer esas palabras en lo íntimo de mi corazon.

Dentro Alfons. Mamá.... mamá... papá...

ESCENA VIII.

DICHOS Y ALFONSO que sale precipitadamente, y se arroja en los brazos de su madre.

Alfons. Mamá.... mamá.... tengo miedo.

Lina. De qué, hijo mio?

Angl. Por qué estás tan asustado, Alfonso?

Alfons. Ay tantos soldados....

Lina y Alfons. Soldados, hijo!

Alfons. Sí, toda la casa llena, y unos hombre vestidos de negro.... Los he visto en el jardín por la ventana; y desde aquí se ven: mira mamá

Angl. Tiene razon el niño (1).

Lina. Qué es eso? (*Se dirige hácia la ventana.*)

Angl. Son ministros de justicia y de policía: parece que los conducen los criados de Madam de Cerval.

Lina. Qué habrá sucedido?

Angl. Bertoldo que viene hácia aquí podrá informarnos.

ESCENA IX.

DICHOS Y BERTOLDO.

Lina. Qué hay, Bertoldo? Qué es lo que sucede en esta casa?

Bert. Señora, lo ignoro; pero todo anuncia un acontecimiento extraordinario: las puertas grandes están cerradas, y hay soldados en ellas que prohíben la salida á todos: los ministros de justicia registran la casa.... se asegura que se ha hecho en ella un robo....

r *Anglade* que se vuelve descubre por la ventanas del fondo del teatro dos alguaciles y algunos soldados de policía que atraviesan. Al mismo tiempo debe notarse desorden y confusion entre los criados de Madama Cerval, y se verá pasar por el jardín varias veces Olsan, Renati algunos criados &c.

Angl. Un robo! (á Lina.)

Bert. Parece que ha sido en la habitacion de Madama de Cerval.

Angl. De Madama de Cerval?

Lina. Será posible!

Angl. Vamos, mi amada Lina, á consolarla, y ofrecerle nuestra amistad.

Lina. Vamos.

Bert. Aquí viene Marcelo, que nos podrá informar mejor. Qué semblante trae!

ESCENA X.

LOS MISMOS Y MARCELO AGITADO.

Marc. Qué horror! es una indignidad acusar así á un inocente.

Angl. Qué traes, Marcelo? Qué es eso?

Marc. Ay señor Anglade! os suplico que habléis por mí: no espero en nada si no en vos.

Lina. Pues qué te han hecho, Marcelo?

Marc. Tal vez me llevarán á la cárcel.

Todos. A la cárcel!

Angl. Y por qué?

Marc. Cómo y porqué? con qué no sabéis lo que ha sucedido?

Todos. No.

Bert. Acaba de decir al señor...

Marc. Ah! sino me acordaba. Voy á contárselo todo. Cuando esta mañana iba, segun tengo de costumbre, á llevar á Madama un ramillete; como digo, miré por casualidad hácia la habitacion de Madama de Cerval, y ví una de las ventanas todita abierta, y eso que siempre están cerradas, y las persianas y todo; y me

acerqué por curiosidad para ver los que habia dentro , y solo ví el buró todo hecho pedazos como si hubieran roto la cerradura y quitado el pestillo , y como digo.... sin perder tiempo fuí á avisar de lo que habia visto al señor Olsan , que al instante envió á buscar á la justicia que vino luego , y han empezado á registrarlo todo , y hasta ahora no han encontrado nada.

Angl. Y es el robo de consideracion?

Marc. Creo que sí señor , porque dicen que habia en el buró cuatrocientos mil francos en billetes de caja ; y esto son muchos millones eh?

Lina. Y no se sospecha quien puede haber cometido el robo?

Marc. Oh ! nadie , Madama , sino yo.

Angl. Cómo ! sospechas tú?

Marc. No señor , sino que ellos sospechan de mi.

Todos. De tí!

Marc. Sí , de mi , porque como yo fuí el primero que lo vió , y el primero que fuí á avisar , dicen que esto es trampa para que no piensen que he sido yo.... Vaya que es un horror , y es preciso ser malvado y picarísimo para acusar de tal bribonada á un inocente como yo.

Angl. Pero es muy facil el justificarse.

Marc. Pues ya se entiende que debia ser eso una cosa muy facil : yo les entregué la llave de mi cuarto para que le registrasen , y allí nada han encontrado... Pues esto me parece que era bastante ; pero cuando se nos mete una cosa en la cabeza.... Hasta ese mismo Renato , á quien pedí que hablase en mi favor , me respondió con

un tono de hipocresía: » Pobrecito Marcelo mio, te tengo por hombre de bien; pero muchas veces suelen ser las mas culpables aquellas personas de quienes mejor opinion tenemos." Asi como digo, vengo á suplicaros, señor Anglade, que tengais la bondad y la generosidad de atestiguar mi honradez, mi hombría de bien, mi... En fin que respondais por mi como yo lo haria de vos, si os encontrarais en la triste situacion en que, como digo, me encuentro.

Angl. Tranquilízate, Marcelo, que yo haré por tí cuánto esté en mis manos; y nada tienes que temer, si como lo creo estás inocente.

Marc. Cómo si lo estoy? Ah señor Anglade! os juro que moriria antes que tomar un alfiler á nadie: asi que, esto es para mi un golpe!... si esto no se aclara pronto soy capaz de todo.

Lina. Dios mio! se acercan hácia aquí....

Marc. Quiénes, los de justicia? como soy que van á registrar toda la casa.

Lina. Y van á entrar á esta pieza? (*asustada.*)

Angl. Sin duda: esa es una formalidad que les impone su obligacion.

Lina. Me palpita el corazon con una fuerza....

Angl. Sosiégate, Lina: la justicia solo al delincuente causa miedo.

Marc. Con todo, aunque uno sea hombre de bien, nadie quiere ser visto por estas gentes.

Lina. Ya están aquí. (*temblando.*)

ESCENA XI.

DICHOS, EL COMISARIO DE POLICIA, MINISTROS
Y RENATO

Ren. Entrad, entrad, señor comisario: aqui vive

el señor de... *(con descaro, y viendo á Angl. no se atreve á continuar.)*

Comis. Es el señor de Anglade la persona con quien tengo el honor de hablar? *(saludándole.)*

Angl. Muy servidor vuestro. Ya sé lo que os trae á mi habitacion, y creo que no hallareis en ella lo que buscáis.

Comis. Tal me lo persuade vuestra honorífica reputacion.

Ren. *(ap.)* Yo pienso por el contrario, porque aquí es donde se ha de encontrar el robo.

Comis. Con todo debo hacer el registro mas escrupuloso en esta casa, y no puedo....

Angl. Oh señor! haced vuestro deber.

Lina. No sé por qué la venida de estos hombres. *(habla bajo con Anglade.)*

Angl. Amada, Lina, ten la misma tranquilidad que yo. *(Lina se sienta cerca del escritorio.)*

Comis. Qué contiene este cartapacio?

Angl. Papeles de familia, como recibos, inventarios, liquidaciones, contratos de ventas, escrituras de compras.... podeis cercioraros por vos mismo. *(el Comis. registra el cartapacio.)*

Ren. Ah, ah, te has escurrido eh? *(á Marc.)*

Marc. Quién, yo?

Ren. No sabes que solamente los pícaros son los que se escapan?

Marc. Pues, y qué haceis vos aquí?

Ren. Infeliz!

Comis. *(ap.)* Qué veo? Entre estos billetes hay una porcion que tienen los mismos números que me han designado. — De dónde os han venido estos billetes? *(alto á Anglade.)*

Angl. Y á qué es esa pregunta? Me parece, señor, que es fuera d l caso.

Comis. No, no tanto como vos juzgais. Os pido me respondais de dónde habeis habido estos billetes?

Angl. Las circunstancias reducen á veces á los hombres á un extremo cuya publicidad hiere su amor propio; pero si es absolutamente preciso que lo sepais, entended que esta mañana he recibido parte de esos billetes en pago de una porcion de diamantes que la necesidad me obligó á vender.

Comis. Y á quién se los habeis vendido?

Angl. A un diamantista de esta ciudad.

Comis. Cómo se llama?

Angl. No sé su nombre, ni le conozco.

Comis. Cómo que no sabeis su nombre! y no le conoceis? *(con asombro.)*

Marc. No á la verdad; pero yo si le conozco, pues soy el que le ha ido á buscar: se llama Dumont, y vive....

Comis. Dumont!

Bert. Ve á buscarlo corriendo, Marcelo.

Marc. Voy, porque vive cerquita.

Comis. Deteneos.

Marc. Pero señor Comisario....

Comis. He dicho que os detengais. Id à casa de Dumont, y decidle que se venga aquí al momento *(á un ministro que se va.)* Sentaos aquí, y escribid. *(á otro.)*

Marc. Esto tiene trazas de... *(ap.)*

Ren. Ahora si que va bien. *(ap.)*

Comis. En cuánto vendisteis los diamantes?

Angl. En noventa mil francos.

Comis. (ap.) Los noventa mil francos están entre los cien mil y quinientos que tengo entre las manos. Pero y el resto? — No teneis mas? (*alto.*)

Angl. No señor.

Lina. Pero y á qué vienen todas esas preguntas que tanto humillan? es por ventura criminal mi esposo para qué se proceda de este modo con él? Veo que escriben vuestras preguntas sus respuestas, y....

Comis. Madama, estas son formalidades que prescribe la ley, y que tanto vos como el señor Anglade, conocereis que son necesarias en sabiendo que entre los billetes ó cédulas de caja que encierra este cartapacio, se encuentran noventa mil francos de los robados esta noche á Madama de Cerval.

Todos. Cómo! (*asustados.*)

Comis. Ignoro el como; pero espero descubrir la causa, y por esta razon tomo tantas precauciones. Ya veis que importan hasta las menores circunstancias para averiguar cómo en tan poco tiempo han podido pasar estos billetes á manos del hombre que os los ha dado.

Angl. Teneis razon de querer llegar hasta el origen, pues ese es el único medio de hallar al culpable.

Marc. Esto está acabado pronto... ya viene, ya viene.

Todos. Quién?

Marc. El señor Dumont el diamantista.

Comis. Este hombre podrá decirme cosas que aclaren este negocio.

Ren. Eso ya lo veremos. (*ap.*)

Bert. Tranquilizaos, mi querido señor, este diamantista espero que nos sacará del apuro.

Lina. Bien lo deseo. *(suspirando.)*

Angl. Y yo estoy seguro de ello.

Marc. Llegad, llegad, señor Dumont.

ESCENA XII.

DICHOS Y DUMONT.

Entra al momento en que todos dirigen su vista hacia la puerta, y esperan con impaciencia su llegada. Los semblantes de todos se cambian, aumentándose la sorpresa en el de Ánglade, y el espanto en el de Bertoldo. Lina mira con el mayor terror la alteracion de su marido, y el Comisario observa las mutaciones.

Angl. Qué es lo que veo?

Bert. Dios mio si no es él!

Lina. Qué turbacion!

Comis. Acercaos, porque es indispensable vuestro testimonio en este momento, y asi contestad á las preguntas que os iré haciendo. Cómo os llamais?

Dum. Santiago Dumont.

Comis. Cuál es vuestra profesion?

Dum. Diamantista y tratante en joyería.

Comis. Dónde vivís?

Dum. En esta misma calle, número 21.

Comis. Conoceis á este señor? *(señal. á Angl.)*

Dum. No le he visto en mi vida.

Comis. Cómo! pues no os ha vendido el señor una porcion de diamantes?

Dum. No, y puedo asegurarlo por vida mia: el jardinero de Madama Cerval fue ayer tarde á

avisarme para que viniese esta mañana á verme con el señor Anglade, si queria comprar una partida de diamantes, cuyo valor era de unos cien mil francos, y como me dijo que el negocio era urgente he estado tomando desde ayer mis disposiciones para realizar la cantidad necesaria, y venir ahora á concluir el ajuste, cuando me ha encontrado el que en viasteis á buscarme.

Comis. Qué teneis que responder á esto, señor Anglade?

Angl. Que es cierto lo que el señor dice; pero que en este asunto hay un misterio que no entiendo. Yo envié á buscar al señor; pero no es el señor el que ha venido, sino otro en su nombre, diciendo ser el diamantista á quien yo envié recado. Como, ni le conocia ni podia sospechar ninguna trama, le hice ver mis diamantes; nos ajustamos á pocas palabras, y me entregó noventa mil francos en esos billetes; y esta es la verdad que aseguro bajo mi juramento. Pero quién le dijo á aquel hombre que yo tenia que vender diamantes; por que se presentó bajo el nombre del señor; cómo se encuentran entre los billetes, en que me hizo el pago, parte de los que han robado á Madama Cerval... esto lo ignoro absolutamente.

Comis. Vos no habeis enviado ninguno en nombre vuestro?

Dum. No señor; tan al contrario, que teniendo encargo de comprar un buen aderezo para una boda, y esperando hacer una buena especulacion con los diamantes del señor, á nadie le dije una palabra.

Bert. Pues entonces cómo ha sido?

Marc. Yo no se lo he dicho á nadie sino al señor Dumont, porque como me habiais encargado que no supiesen nada los de casa....

Comis. Y á qué vino ese encargo?

Bert. Señor, era un secreto de mi amo, y yo no estoy en la costumbre de publicar sus secretos.

Comis. Señor Dumont, pasad á leer y firmar vuestra declaracion. (*Dumont lo ejecuta*)

Ang. Y qué diré á Leon que no puede tardar? (*ap.*)

Lina. Mi querido Adolfo ...

Angl. Sosiégate. (*los dos en voz baja.*)

Comis. Bien está: ya podeis retiraros que yo os haré llamar cuando vuelva á ser necesaria vuestra presencia. (*á Dumont que se va saludand.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, ESCEPTO DUMONT.

Comis. Quanto mas se oculta la verdad á nuestros ojos, tantos mayores esfuerzos debo hacer para descubrirla. En este asunto se nota la mayor obscuridad, y me veo forzado á hacer el mas exacto y escrupuloso registro en vuestra habitacion.

Angl. Hacedle, señor, porque eso es lo mismo que yo deseo.

Comis. Adónde da esta puerta?

Bert. Al cuarto del señor Anglade.

Comis. Id y registradlo todo; pero usando de las consideraciones que merece el señor Anglade.

Angl. Bertoldo, enseña la casa á esos señores.

Comis. Quereis darme la llave de vuestra papelera?

Angl. Aquí la tenéis. (*se la da.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS BERTOLDO y tres de policía que suben al cuarto principal. El comisario abre la papelería y se entera de los papeles, y los ministros registran toda la casa.

Marc. Y qué es lo que buscan? Dios mio! quefrán acusar tambien al señor Anglade! Eso sería una abominacion.

Ren. Ya se acerca el momento de la crisis. *(ap.)*

Lina. Qué situación tan terrible! todas las desgracias nos acometen á un tiempo. No teme amigo mio, que estos billetes....

Angl. Nada hay que temer cuando la conciencia está pura.

Lina. Oh mi querido Adolfo! No siempre es suficiente la pureza de conciencia para estar tranquilos: ahora mismo lo estoy experimentando.

Angl. Animo, mi amada Lina.

Lina. Conozco que es necesario, pero siento que me falta (1).

Comis. No se ha encontrado nada?

Todos. Nada.

Ren. Es muy singular! *(ap.)*

Comis. Prosigamos (2).

1 Los ministros de policía cesan en sus pesquisas, y el comisario se separa de la papelería.

2 Los interlocutores mudan de posición. Renato se coloca á la derecha de la escena: Marcelo anda de una parte á otra: Lina permanece sentada á la izquierda: Anglade está apoyado en el respaldo de su silla: el Comisario cerca de la cómoda, y los ministros de policía continúan su registro hácia el fondo.

en. (ap.) Ya empieza esto á inquietarme: Fourbin con la priesa de ocultarse á todos no tuvo tiempo para decirme en que parage habia hecho el escondite.

ina. Alfonso ven acá. (que se separa de ella.)

Alfons. Mamá, voy á buscar donde sentarme.

Marc. Aquí tienes un taburete.

Alfons. Es muy grande para mi (1).

Lin. 1.º Nada hemos encontrado.

Marc. Ya lo habia dicho yo. Aseguro que no, no hallareis nada en casa del señor Anglade.

omis. (2) Qué veo! Todos. Qué hay?

omis. Conoceis señor Anglade esta caja?

Ingl. Es la caja donde estaban los diamantes que he vendido esta mañana.

omis. Y todavía están dentro.

odos. Oh cielos! (sorprendidos.)

omis. Y esta cartera?

Ingl. Esa no es mia.

omis. Tiene la cifra de Madama de Cerval.

odos. De Madama de Cerval?

Lin. Estoy temblando! (3).

1 Se va al camapé y toma el almohadon, debajo del cual está escondida la caja de los diamantes, y sin reparar en ella le trae á los pies de su madre, y se sienta: al mismo tiempo bajan con Bertoldo los ministros de policia del cuarto de Anglade, y el primero dice desde la escalera al Comisario.

2 Fija la vista en la caja de diamantes que está encima del canapé, la toma, y dice.

3 Nueva sorpresa, con la que todos los per-

Bert. Pobre amo mio! quién podrá ser el autor de una trama tan inicua!

Marc. Es imposible, es imposible: aquí hay alguna bribonería.

Comis. Esta cartera encierra trescientos mil francos en billetes, cuyos números son conformes à la nota que me entregó Madama de Cervantes y juntando á estos los noventa mil francos de cartapacio, vemos que faltan de la cantidad robada diez mil francos.

Re. ap. Los habrá guardado el picaron de Fourbi.

Comis. Faltan además cien luises de oro de condoncillo que estaban con los dichos billetes.

Ren. Oh! de esos ya sé yo el paradero. (*ap.*)

Comis. Poned que no se encuentran estos doce mil y quinientos francos.

Ren. Con qué el bribon se quedará con la mayor parte. (*ap.*)

Comis. Esplicadme ahora este misterio, señor Anglade: decís que habeis vendido vuestros diamantes, y los encuentro escondidos en vuestro gabinete junto con esta cartera: negais tener conocimiento del robo hecho á Madama de Cervantes, y con todo se encuentran en vuestro poder los efectos robados.

Angl. Tan sorprendido estoy yo como vos; pero esos efectos solo pueden haber sido depositados en mi casa, por el miserable que se me presentó fingiendo ser el diamantista, y espero que no me sospecharéis, ni tendreis por capaz tal baja.

sonages demuestran diversos afectos. El Comisario cuenta los billetes que hay en la cartera

Comis. Pero, señor, todas las apariencias....

Angl. Son falsas, y nada pueden probar contra mi.

Esta concurrencia de circunstancias debe ser obra de la mas negra perfidia. No dudo que puedan perderme: se están aprovechando del instante en que me quedo sin bienes para intentar quitarme tambien el honor; mas protesto á la faz del cielo que soy innocente.

Comis. Tambien yo quiero creerlo asi; pero es preciso que cumpla con mi deber. (*Habla con un ministro que se va.*)

Lina. Su deber! Qué dice? qué quiere hacer? Dios mio, qué nueva desgracia tengo que temer!

Marc. Ya no puedo sufrir mas: es preciso que yo hable, es preciso que yo diga....

Comis. Y qué teneis que decir?

Marc. Que el señor Anglade es el mas digno, es el mejor de los hombres; que no hay uno mas bueno, ni mas generoso que él; que todos los que le conocen dirán, como yo digo, que es imposible sea capaz de una accion vilana, que... que... en fin que tengo muchisimas cosas que decir; que tengo el corazon oprimido; que me ahoga el dolor, y que... ah Dios mio!..

Comis. Teneis alguna cosa que decir que destruya la acusacion?

Bert. Yo hablaré, señor, con vuestro permiso; pues no habiéndome separado un instante del lado de mi amo esta noche en que se ha cometido el robo en casa de Madama de Cerval, puedo atestiguar que no ha salido de su gabinete, que ha estado trabajando toda la noche...

Comis. Vos sois criado del señor Anglade, y no

debe valer vuestro testimonio ; por otra parte no es esta la ocasion de darle.

Marc. Cómo! no quereis oir nada? pues bien, voy á proponeros un medio. Yo soy la persona de quien primero se ha sospechado, pues ponedme en su lugar ; pues aunque estimo tanto como é mi honor, y esto es justo, él tiene, como digo una muger y un hijo: yo no tengo nada de eso ademas estoy acostumbrado á dormir sobre el suelo, y puedo, como digo, tolerar muchas cosas que le molestarán muchísimo... y luego, si me llevan á la cárcel, acudiré á él para que me suelten ; y estoy muy seguro de que à poco os hará ver claramente que ni el ni yo hemos hecho esa picardía de que se atreven á acusarle

Lina. Buen Marcelo!

Angl. No, amigo mío, no lo consentiré.

Comis. Semejante oferta hace á un tiempo vuestro elogio y el del señor Anglade ; pero....

Marc. No, yo no pido cumplimientos, si no quidigais, ó si ó no.

Comis. No puedo condescender con vuestra petición.

Marc. Ya! porque soy un pobre diablo, no es verdad? Pues voy á avisar á una persona que tendrá mas poder que yo para componerlo.

Todos. Marcelo, Marcelo.

Marc. Voy á buscar á Madama de Cerval.

ESCENA XV.

DICHOS, MENOS MARCELO.

Angl. Hombre honrado, la bondad de tu corazón alivia mis penas.

Lina. Ay! su amistad no podrá salvarnos.

Angl. Ahora bien, señor, decidme, cuál debe ser mi suerte?

Comis. Temo el decíroslo.

Angl. Nada temais, cualquiera que sea vuestra determinacion, sabré someterme.

Comis. Haced que se retire vuestra esposa.

Lina. Yo retirarme! Pues cuál es vuestra intencion? Quién será capaz de hacerme abandonar este sitio en un momento tan cruel? Nadie me obligará à separarme de tí: nosotros somos inseparables.

Comis. Madama, me cuesta mucho, pero....

ESCENA XVI.

DICHOS, MADAMA DE CERVAL Y OLSAN.

Mar. Todo va á componerse; aquí está el Sr. Olsan.

Todos. Olsan!

Marc. Y Madama de Cerval.

Todos. Madama de Cerval!

Lina. Ah! salvad, salvad á mi esposo. (*corriend.*)

Cerv. Acabo de oír, señor, que se acusa á mi amigo Anglade; guardaos bien de hacerle esta injuria; conozco muy á fondo su probidad y su rectitud, y respondo á todo trance de su inocencia.

Lina. Lo habeis oído, señor?

Comis. Madama, acaban de encontrarse en su poder todos los billetes que os han robado.

Cerv. En su poder!

Angl. Señora, es muy cierto, y á pesar de mi inocencia, me veo agoviado con el peso de la mas deshonrosa y la mas terrible de las acusaciones.

Cerv. En este caso las apariencias os engañan señor Comisario: Anglade es incapaz de...

Comis. A mi no me toca el decidir sobre este punto: las declaraciones del señor, y las del tigo que ha comparecido, le presentan culpable á los ojos de la ley, y un hombre que ocupa mi puesto, debe sacrificar sus opiniones y aun la misma convicción propia, á su obligación; y la mia me manda asegurar la persona del que se supone y aparece delincuente.

Angl. Cómo! tratis de llevarme preso? (*indigna*)
Lina. No, eso es una horrible injusticia.

Ols. (ap.) Qué situación tan terrible! qué he hecho!

Ren. Tened firmeza. (*aparte á Olsan.*)

Comis. Vamos.

Cerv. Deteneos: yo desisto de todo procedimiento, y retiro mi queja.

Comis. No puede ser, señora: el caballero Anglade está acusado, los tribunales le reclaman y mi deber es entregarle en manos de la justicia.

Lina. Con qué no hay esperanza! Dios mío! el dolor acaba conmigo! (*entran soldados*)

Se echa en los brazos de su marido al mismo tiempo que Leon de Assandray entra precipitadamente con el mismo vestido que en el primer acto y mira al rededor con sorpresa.

ESCENA XVII.

DICHOS, Y LEON DE ASSANDRAY.

Dentro Leon. Entraré, os he dicho entraré.

Angl. Este es Leon: á qué tiempo!

Leon. Si, por vida mia, entraré: por fin os encuentro, señor Anglade.

Ren. Este es Leon de Assandray. (*ap. á Olsan.*)

Lina. Todas las desgracias cargan á la vez sobre nosotros. (*dejando la posicion que tenia.*)

Angl. Perdonad, señor, si no cumplo la promesa que os tengo hecha; pero un acontecimiento bien cruel....

Leon. Lo sé, lo sé: todo me lo han dicho, asegurándome que os imputan el mas bajo, el mas vil de todos los crímenes.

Angl. Espero no creereis que....

Leon. No por vida mia, no lo creo: ahora os conozco como á mi primo, y voy á daros una prueba. (*dándole la mano afectuosamente.*)

Angl. y Lina. Qué querrá decir con esto?

Leon. Dónde está el Comisario de Policía?

Comis. Señor, aquí le tenéis.

Leon. Anglade es mi primo; conozco bien su modo de pensar; estoy ciertísimo de que es incapaz de ningun hecho deshonoroso, y quiero librarle á cualquier precio.

Comis. Señor....

Leon. Dejadme concluir: bien sé que no se debe buscar en vos la decision de la justicia, que solo delante de los tribunales ha de probar su inocencia, confundiendo á sus acusadores; y estoy muy seguro de que lo verificará: pero qué pretendéis hacer mientras se constituye ante los jueces?

Comis. Mi deber exige que le lleve á la cárcel.

Todos. A la cárcel!

Lina. Señor....

Leon. Tranquilizaos, señora, que no irá.

Comis. Pues?

Leon. No señor, no irá. Como estoy seguro de su probidad, respondo de su persona, y la cauciono con todos mis bienes. Cuánto se necesita? cuatrocientos, ó quinientos mil francos? Al instante voy á contarlos.

Angl. Estoy sorprendido.

Marc. Esto si que es ser hombre de provecho.

Ren. Me asusta la tal propuesta. *(aparte.)*

Lina. Ah señor, tanta generosidad!

Leon. Pocos cumplimientos y nada de elogios que de ningun modo merezco, pues yo soy la causa de la desgracia de Anglade.

Todos. Qué decis?

Leon. Qué yo soy la causa de esta desgracia. Engañado por todos los hombres, y no habiendo encontrado en ninguna parte sino ingratos quise hacer una prueba del corazon de Anglade, y cerciorarme de que era digno de poseer unos bienes que yo podia quitarle.

Lina. Prueba bien fatal!

Leon. A este fin me presenté á él en este traje le hice creer que me hallaba en la mayor miseria, y que venia á reclamar mis bienes; pero habiendo visto á las claras toda la nobleza de su alma, toda la grandeza de su corazon, asegurado en mi opinion por los informes que tomé acerca de su conducta, venia lleno de júbilo á descubrirle la verdad, y estrecharle entre mis brazos, cuando supe la odiosa accion intentada contra él. Y pudiera yo darle crédito? Es posible que el hombre que no tubeó en despojarse de cuanto poseia en virtud de una primera reclamacion, sea capaz

hacer un robo? No, no: estoy satisfecho de su inocencia: yo repararé mi yerro, y le libraré de los golpes de sus enemigos, aun cuando me costase el resto de mis bienes. Ahora bien, señor Comisario, cuál es vuestra decision? Aceptais mis ofertas? Dejareis á Anglade en el seno de su familia?

Comis. No puedo, señor.

Lina. Apiadaos de mi, no me quiteis á mi esposo, no priveis de su padre á un hijo desgraciado: Adolfo es el mas noble, el mas virtuoso de los hombres. No refuseis esta gracia á las súplicas de una esposa y un hijo.

Comis. No tengo facultades para ello. Vamos, señor.

Leon. Hombre inexorable! Consentid solamente en que se quede aqui por un momento, y permaneced á su lado si teneis miedo de que se os escape; que yo entre tanto iré á echarme á los pies de los magistrados, y tal vez obtendré...

Comis. No es posible, es preciso que venga conmigo, ó de lo contrario...

Ingl. Deteneos, que ya obedezco.

Lina. Adolfo, mi querido Adolfo! No podré vivir á esta cruel separacion: iré contigo á cualquier parte.

Alfons. Mamá.

Ingl. Y tu hijo, Lina? Deja que ceda á mi infortunio, y quédate con este generoso pariente para romper mis hierros, y dar á conocer mi inocencia. Leon, Bertoldo, mis buenos amigos, de vosotros fio lo que mas amo en el mundo: á Dios, á Dios.

He escamoteado de la suma robada á Madama de Cerval, una docena de billetes que montan á una cantidad suficiente para vivir honradamente en un pais adonde todavia no haya llegado la fama de mis altos hechos. Nada sabe Renato, y me guardaré bien de decirselo: así, esto me desquitará del chasco que me dió en Nápoles. Como no era imposible que me arrestasen ántes de salir de esta casa, y habiéndome hallado encima los billetes me hubiera perdido para siempre, he tenido la precaucion de esconderlos bajo de una de las baldosas que hay en la entrada de esta casa; pero Renato no tardará sin duda en venir á buscarme, y el momento es favorable: ahora que no veo á nadie voy á recobrar mi hacienda. *(se quita de la ventana.)*

ESCENA II.

RENATO Y LUEGO FOURBIN.

Ren. Al fin he salido con ella.... Démonos priesa para deshacernos de este bribon de Fourbin, y antes de que las lie, cuidemos sobre todo de sacarle industriosamente los diez mil francos que se ha apropiado en menosprecio de todos mis derechos. *(sale Fourbin de la casita.)*

Ren. Imprudente! A dónde vas?

Four. El és: ya no hay tiempo.

Ren. Por qué sales de tu escondite sin esperar á que yo viniese?

Four. Por que ya estaba inquieto, y rabiando por salir.

Ren. Y si alguien te hubiese visto?

Four. Oh ya tengo yo cuidado.

Ren. No importa eso: el mas sabio partido era esperarme. Piensa que todo esta revuelto en la casa, y que desde la prision de Anglade se halla su esposa casi desesperada.

Four. No hay cosa mas natural.

Ren. M.^a Cerval se lastima de ella, la compadece, la prodiga todos los consuelos imaginables.

Four. Esta muy bien hecho.

Ren. Si; pero lo que no está bien hecho es que aquel demonio de primo, que tan de repente, y con tan poca oportunidad, ha mudado de modales, grita, se desespera, ha exigido que Marcello le conduzca á casa del Magistrado, y jura y perjura que no sosegará hasta que se averigüe quiénes son los culpados, y que el señor Anglade vuelva con todo honor al seno de su familia.

Four. Pues entonces que renuncie el reposo por algun tiempo; porque este vestido que me has proporcionado, me pone á cubierto de ser conocido, y ademas espero hallarme antes de mucho tiempo fuera de los alcances de toda pesquisa.

Ren. Solo eso me tranquiliza.

Four. Y tú amo?

Ren. No me hables de él, que es quien me ocasiona mayores zozobras. Hallóse presente á la prision de Anglade, y.... creerás que tuvo la debilidad de dejarse enternecer? Qué al instante en que Anglade se arrancó de los brazos de su muger y su hijo, observé algunas lágrimas en los ojos del señor Olsan, y que ahora mismo tal vez se encuentra arrepentido de los males que ha ocasionado á su rival?

Four. Nada de eso me asombra.

Ren. Lo dices de verás?

Four. Si, porque es preciso estar muy habituado á hacer daño para no pensar en el que se ha hecho: nosotros, que creo no hemos hecho mas que picardias desde que nacimos, sentimos de cuando en cuando los gritos de la conciencia... Pero cierto que alguna vez me ha sucedido el arrepentirme.

Ren. Ya, siempre que has tenido miedo de que te echasen la garra; ahora, por egemplo, puede ser que sientas algunos remordimientos, pero desaparecerán luego que sepas lo que acabo de hacer por ti.

Four. Lo que has hecho por mi!

Ren. Escúchame: he hablado al capitan de una galera que sale esta tarde para Liorna; le he dicho que eras un marinero italiano, jóven, fuerte, y lleno de buenos deseos, que deseabas volverte á tu país, y que te convenias á servirle durante la travesia para indemnizarte del flete. No te espantarán algunos dias de trabajo, no es verdad? Por otra parte tampoco te encontrarás muy atado para desempeñar tu naevo empleo.

Four. Ese ha sido mi primer oficio.

Ren. No quise ofrecerle dinero alguno por que no sospechase....

Four. Has hecho bien, por que cuanto menos tenga que dar, mas tendré.

Ren. (ap.) Tu tendrás menos de lo que piensas.— Con qué todo esta dispuesto? Estás bien disfrazado, embárcate, parte, y boga con intrepidez... A dios, mi querido Fourbin, dame un abrazo, y vete.

Four. Que demonio! Esto no es salirme la cuenta.

Aparte, dando una ojeada al escondite.

Ren. Vamos, dame un abrazo de despedida.

Four. Con toda mi alma; pero....

Ren. (ap.) Este no tiene los billetes sobre si porque titubea. En qué te detienes?

Four. En nada, mas con todo....

Ren. Aun no te vas?

Four. Nada me dices de los cien luises que se me ofrecieron. *(ocurriendole una idea.)*

Ren. Tienes razon: ha sido tanta mi turbacion....

Aun no he podido hablar á solas con mi amo ni un minuto. Has hecho bien de recordarme, por que se me hubiera olvidado el pedirselos.

Four. El pedirselos no, pero si el dármelos.

Ren. Pues qué?... Puedes creer?...

Four. Si, si: que tienes muy frecuentemente estas distracciones.

Ren. Oigo ruido: Marcelo se acerca: date prisa á esconderte, que voy á buscar á mi amo, y á pedirle la suma que te se ofreció.

Four. Vé. *(Va á esconderse en la casita.)*

Ren. Ocúltate bien, y que no te vea nadie.

Four. Pierde cuidado.

Ren. Pronto, que llega Marcelo.

ESCENA III.

RENATO Y MARCELO.

Marc. Oh! es imposible descubrir nada andándose asi: yo perderia, como digo, la cabeza, si alguna vez tropiezo de facha con el verdadero bribon... sois vos, Sr. Renato? *(repara en él.)*

n. Sin duda, qué me quieres? Qué vienes á hacer por aquí? *(con aspereza.)*

arc. Linda pregunta! Pues qué, no es este mi departamento? No sabeis que está allí mi semillero, y mas abajo mi estufa, y que mi casita se halla al fin de esta calle de árboles? Yo si que deberia preguntaros á vos, qué teniais que hacer en este sitio?

n. Yo.... buscaba á mi amo.

arc. Al señor Olsan! si, por ahí andará en alguna parte... Está muy triste, muy lleno de pesadumbre. Es particular el afecto que le ha causado este acontecimiento: le acabo de encontrar, como digo, ahora poco ha, y estaba con los brazos cruzados, la cabeza así caída sobre el pecho, ni mas ni menos que una estatua, y luego se puso á andar dando unas zancadas como si corriese, y luego se paró de pronto como sino tuviera piernas, y luego meneaba los brazos, y luego hablaba en voz alta consigo mismo, y luego se cubria los ojos con las dos manos, y luego... Vaya, parecia, como digo, un loco, y yo no hubiese creído que ama tanto al señor Anglade, porque antes...

n. No acabas de decir disparates?

arc. Pues que no os habia de responder á lo que me habiais preguntado?

n. Lo que necesito saber es, dónde está el señor Olsan.

arc. Por vida mia no lo se á punto fijo; tal vez habrá entrado en su habitacion, pero si lo quereis saber, aqui vienen Madama de Cerval y la señora de Anglade, como digo, preguntadse lo.

Ren. No, no es necesario.

Marc. Quereis que lo pregunte en vuestro nombre

Ren. De ningun modo.

Marc. Por que?

Ren. Es inútil el molestar á las señoras; y pues que mi amo no ha salido de casa, ya le encontraré; pero guárdate, si quieres conservar tu puesto, de repetir delante de ninguno lo que me acabas de decir: esta orden es á nombre del señor Olsan. (*Vase.*)

Marc. Eso basta para conformarse. Pero el tono que este hombre toma!... ya lo entiendo, esto consiste en que todos se han vuelto locos en esta casa. Bien lo creo, no obstante que ha un motivo; y aun sospecho que tambien tengo yo la misma enfermedad, porque desde esta mañana no sé lo qué me hago; si necesito la azada con el escardillo; quiero ir á mi cuarto, y me voy como digo, á la estufa: ahora mismo acaba de pedirme un melon en la repostería, y me he llevado una lechuga. Dios mio! Dios mio! creo que si fuera posible habia de perder el juicio.

ESCENA IV.

LINA, ALFONSO, MADAMA CERVAL Y MARCELO

Cerv. Tranquilizaos, mi amada Lina, y no agoráis vuestra pena; porque ya me inquieta demasiado vuestra desazon.

Lina. Ah Madama! Como quereis que mire con sosiego la pérdida de mi esposo y la deshonor de mi familia? Puedo por ventura reflexionar sin estremecerme, la terrible perspectiva que tengo delante de mis ojos? Sobrado valor tu

viera, si se tratase de resistir males que solo me tocasen á mi; pero me falta del todo, cuando pienso en lo muchísimo que sufre el desgraciado Adolfo, cuando le considero puesto en la clase de los mayores malvados, y hecho la afrenta y el terror de la sociedad; cuando supongo que tal vez va á arruinar para siempre, la felicidad y reputacion del hombre mas apreciable, una sentencia vergonzosa é infame.

erv. Y por qué habeis de pensar así? Por qué habeis de dudar de la bondad del cielo y de la justicia de los hombres? Por qué habeis de perder la esperanza?

ina. Ay! qué puedo esperar yo de la justicia de los hombres? Mi esposo se ve preso, y ellos son tan bárbaros que le privan de su libertad, al mismo tiempo que le imputan el mas odioso, el mas vil de todos los crímenes.

erv. Amiga mia, el dolor os quita el uso de la razon. Si la malicia ha podido acumular tantas pruebas contra vuestro marido, que los magistrados no han podido hacer menos rigurosa su situación, so pena de saltar á sus deberes, también esta separacion ha de ser momentánea, porque cuanto mas odioso sea el crimen que achacan á Anglade, mas debe dudarse de esta acusacion. Espero que muy pronto abrazareis á vuestro esposo, que se dará al público su inocencia, y que los autores de tan horrible maquinacion se verán castigados con el rigor de la ley.

Lina. Pero quien puede haber urdido tan abominable trama?... Qué enemigo ha meditado

la perdicion de Adolfo? Qué interes ha podido mover al miserable que tantos males nos causa?

Cerv. Eso es lo que yo no puedo atinar. Sospecho de alguno?

Lina. Ah!

Cerv. Cómo! callais, y apartais de mi la vista. Teneis acaso miedo de que lea lo que está escrito en vuestro corazon?

Lina. No me preguntéis, señora, porque no puedo hablar: creed, sí, que sois dueña de toda mi confianza, que vuestra conducta, en estos momentos tan críticos, ha ganado mi gratitud para siempre, y si me fuese posible... pero quiero ni puedo acusar á nadie.

Cerv. Me dais mucho en que pensar.

Lina. Perdonadme os suplico, y permitidme que verifique mi proyecto.

Cerv. Qué, aun insistís?

Lina. Sí, quiero ver á Adolfo, y no por otro medio de darle libertad.

Cerv. Pero, esperad á lo menos que vuelva señor Leon.

Lina. Me es imposible, porque mi inquietud crece por momentos. Ese pariente generoso se separó de mi para ir á verse con los magistrados, prometéndome que no dejaría piedra por mover para alcanzar la libertad de mi marido, y cuando aun no ha vuelto, creo que habrá visto frustradas sus esperanzas. Esta situacion es muy penosa, y es preciso que vea yo á Adolfo, que me ponga de concierto con él, y que sepa que debo hacer, para salvarle de los tiros de sus enemigos. Asi es que voy á verle al momento.

Marc. Si lo permitís, iré á acompañaros.

Lina. Muy bien, Marcelo.

Cerv. Con qué váis?

Lina. Está es mi obligacion: mas qué ruido suena?

Marc. Dics mio! Él es, si... el señor Leon de Assandray. (*Leon se deja ver en lo alto de la*

Lina y Cerv. Leon! (*colina.*)

Marc. Cómo corre! por acá, por acá.... venid, señor Leon, que voy á abrir la puerta falsa, y llegareis mas pronto.

Lina. Qué nos traerá de nuevo?

ESCENA V.

DICHOS Y LEON que entra por la puerta falsa.

Cerv. Venid, señor Leon, venid á calmar el desasosiego de Madama de Anglade.

Leon. Habreis estado impacientes con mi tardanza; pero no he podido venir mas pronto.

Lina. Habeis visto á mi esposo?

Leon. Si señora: conserva en su prision la calma y la tranquilidad que siempre acompañan al hombre virtuoso; solo está inquieto por vos y por su hijo, y teme que no podais sobrellevar este terrible golpe; pero le he prometido vigilar sobre vuestra existencia, y cumpliré mi promesa; mas cuento con la fortaleza de vuestra alma.

Lina. Ah mi amado aunque infeliz Adolfo! Y qué ha dicho el magistrado?

Leon. Aun no he podido verle; he estado tres veces en su casa, y tres veces me han negado la entrada, diciéndome que estaba tratando un asunto de mucha importancia, y por mas sú-

plicas que he hecho , solo he conseguido que me ofreciesen poder hablarle dentro de una hora

Cerv. Vamos, que el término no es muy largo

Leon. No es largo! de esa manera calculan todos pero si yo tuviese la desgracia de que me eligieran para decidir de la vida ó de la libertad de mis semejantes, á todas horas y en todas ocasiones daria audiencia... He ido á consultar el caso con dos de los mas célebres abogados de esta ciudad, y los dos me han dicho que habiendo tantas pruebas reunidas, era imposible que dejase de ser condenado mi primo

Cerv. y Lina. Dios mio!

Leon. Solo un medio dicen que hay para salvarle

Lina. Y cuál es?

Leon. Piensan como yo, que Anglade está inocente, pero que existe un culpable, y... escuchadme con toda atencion. Lo que ha pasado nos manifiesta bien á las claras, que no se ha cometido robo ninguno: porque ¿qué provecho hubiera sacado el que le cometiese, cuando, excepcion de una corta cantidad, se han hallado todos los billetes en el gabinete de Anglade? Luego esto ha sido un complot infame llevado á cabo con el designio de perder Adolfo, y el hombre que lo ideó es sin duda el mas implacable de sus enemigos; y el fingido diamantista debe de ser un agente cómplice al mismo tiempo de este perverso. El tal diamantista vino de exprofeso á tratar con Anglade, con el objeto de dejar en su cuarto pruebas que pudiesen convencerle de un accion de que es incapaz, aprovechándose d

mi venida, de lo embarazado que se hallaba Adolfo, y de la venta de sus diamantes, para destruir su reputacion y arruinarle. Siento en extremo que no hayais visto al diamantista, y que mi primo apenas reparase en su fisonomía, porque tengo vehementes sospechas de que el miserable se halla dentro de esta casa.

Lina. Cómo!

Serv. Será posible!

Leon. He preguntado á todos escepto á Bertoldo, y nadie de la casa le ha visto, ni aun el mismo portero, á quien parece regular preguntase por Anglade; no se le ha visto entrar ni salir, con qué por dónde ha salido?

Serv. Eso es incomprendible; pero los ministros de policía han hecho las pesquisas mas exactas, y no han visto ninguna persona de fuera.

Leon. Habrán tomado precauciones.

Serv. Tal vez habrán podido hacerlo sin estar de acuerdo con ninguno de la casa.

Leon. Eso es justamente lo que sospecho, que están de acuerdo con alguno de la casa.

Lina. Qué dirá?

Serv. Cómo!

Leon. Quién es el hombre interesado en perder á Adolfo? Quién es el que puede odiarle mas sino algun rival desgraciado?

Serv. Señor!

Lina. Y qué pensais?

Leon. Un velo impenetrable cubre esta horrible aventura, y vos, señora, le habeis empezado á levantar, aunque con mano trémula, en la conversacion que hemos tenido.

Lina No, no, señor Leon.

Leon. Pensad que no hay otro modo de salvar vuestro esposo.

Lina. Infeliz de mi.

Leon. Nadie es capaz de detenerme: Anglade halla acusado injustamente, las pruebas m fuertes deponen contra él, y es obligacion n no despreciar nada para volverle el honor.. Dignaos responderme, señora; cuál ha sido conducta del Caballero Olsan despues de prision de Anglade? (*á Madama de Cerva*

Cerv. Ved, señor Leon, que no puedo respo der á unas preguntas que me ofenden.

Leon. Lejos, señora, de mi la idea de hacer el ultrage mas pequeño: conozco vuestras v tudes, y teneis todos los derechos imaginab á mi estimacion.

Cerv. No prosigais.

Leon. Pensad en la terrible suerte que amena al desgraciado Anglade. Ahora no hablo ni á tia, ni á la madre adoptiva de Olsan, sino á amiga generosa de Adolfo y de Lina.

Cerv. He hecho en favor de Anglade cuanto ha dictado la estimacion con que le miro, y a haré mas si fuese necesario, pero no pue sufrir que.....

Leon. Tened la bondad de escucharme un insta te. Es imposible que no hayais notado la agi cion, y aun me atreveré á decir, el absol desconcierto del señor Olsan desde el terri acontecimiento que hace sufrir á Adolfo: estado, ya lo veis, no es natural.

Cerv. Como era tan amigo de Anglade....

Leon. Amigo!.... Habeis echado en olvido que Olsan fue rival suyo, que Adolfo logró la preferencia, y.... *(con viveza.)*

Cerv. El tiempo y la ausencia le curaron de esta pasion.

Leon. Desengañaos, señora, Olsan os ha hecho creer esto, para egecutar el proyecto de seducion que tan sin vergüenza ha formado. Sabed que ayer mismo, sin respetar la virtud de Lina; ni los nudos que la unen con Anglade, se atrevió á hablarla de su amor.

Cerv. Es posible!

Leon. Puede haberle instigado á esto algun consejero pérfido; la fuerza de su pasion tal vez... y el dolor que experimenta en este momento, nos dice claramente que no es su corazon sordo á la voz del arrepentimiento. Habladle, señora, y haced que os haga una confesion tan indispensable para la tranquilidad de Adolfo.

Cerv. Qué alternativa!

Leon. Aquí viene Olsan.

Cerv. Olsan!

Leon. Observad qué desórden se nota en él; qué pálido viene; cuál mira á todas partes, y cómo se pinta en su rostro el arrepentimiento.

Cerv. No puedo creer que esté culpado.

Lina. Retirémonos, y que se quede sola con él Madama de Cerval. *(á Leon.)*

Leon. Voy al momento otra vez á casa del magistrado: venid, Madama, porque necesito me deis algunos papeles, que tal vez contribuirán á que Anglade recobre su libertad.... Los dos ponemos su suerte en vuestras manos. *(á Cerv.)*

Lina. Salvad al desdichado Anglade, por quienes os piden de rodillas su muger y su hijo.

Cerv. Qué haceis, Lina? Alzad, amiga mia, y creed que suceda lo que suceda, siempre haré mi deber: no tardeis en venir á verme.

Lina. Retirémonos, que ya llega.

ESCENA VI.

MADAMA DE CERVAL Y OLSAN, que entra muy despacio, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, y manifiesta la mayor sorpresa al descubrir á M.^a de Cerval.

Olsan. Qué es lo que veo!

Cerv. Llegate, Olsan: parece que huyes de mí desde esta mañana, y á la verdad que tengo precision de hablarte.

Olsan. A mi?

Cerv. Sí, á tí mismo: ya sabes la terrible situacion en que se halla Anglade.

Olsan. Creed que este suceso me ha ofuscado muchísimo.

Cerv. Asi lo creo; y piensas tú que Anglade sea capaz de haber cometido el crimen que le imputan?

Olsan. Señora, no me atrevo á responderos.

Cerv. Pues es necesario que me respondas, y temas explicarte francamente: crees que es culpable?

Olsan. Me cuesta trabajo el creerlo.

Cerv. Ya hace mucho tiempo que le conoces: qué opinion tienes formada de él?

Olsan. En todas ocasiones le he visto fiel á los principios del honor.

Cerv. Con qué á pesar de la acusacion intentada contra él, no dudarías en tomar su defensa?

Olsan. No, sin duda, si me fuera posible.

Cerv. Luego puedo esperar que me auxilies para esto. Bien sabes cuánto me intereso por el desgraciado Anglade y por su esposa: he jurado hacer todo lo posible para salvarle, y aunque la amistad no me obligara á ello, lo que acabo de saber me forzará á hacerlo.

Olsan. Lo que acabais de saber!

Cerv. Sí, Olsan; todo induce á creer que Anglade está inocente, y tú mismo acabas de decirlo; pero los billetes que me robaron han sido hallados en su habitacion, y es preciso que los pusiera allí algun malvado con intencion de perderle, resultando á las averiguaciones que se han hecho, que solo ha podido ser el autor de esta infamia alguna persona de las de mi casa.

Olsan. Si habrán caído en sospecha? (*aparte.*)

Cerv. Estás seguro de tu ayuda de cámara?

Olsan. De Renato?

Cerv. Sí, de Renato, de quien siempre he tenido malísima opinion.

Olsan. Nunca me ha dado motivo de queja.

Cerv. Y responderias tú de su probidad?

Olsan. Si Sra. además, qué interes pudiera tener?

Cerv. Si fuese agente de algun enemigo secreto?

Olsan. No lo creo.

Cerv. Será, pues lo dices; pero ya conoces cuánto nos interesa descubrir este misterio, y poner en claro la inocencia de Anglade: este es el deber de nosotros dos, y particularmente tuyo.

Olsan. Mio!

Cerv. Si, Olsan, tuyo: las mas veces juzga el mundo por las apariencias: todos saben que has sido rival de Anglade, y que la preferencia que este obtuvo, excitó en otro tiempo tu resentimiento. Cuanto entonces fuiste su mayor enemigo, tanto mas generoso debes ahora mostrarte con él; obrando de otro modo, tal vez darias lugar á creer, que todavia subsiste tu odio, y que habiendo tenido arte para ocultarle hasta aqui, ahora....

Olsan. Pues qué se atreverian á sospechar de mi? Pensariais vos Madama?...

Cerv. Ah! esto no es posible. Meditan á sangre fria la ruina de un hombre virtuoso; reunir contra él todas las pruebas de un crimen, quitándole el honor y la libertad, exponerle á que se confiese culpado en medio de los horrores de la tortura, y dejar que le condenen cuando se sabe que es inocente, llenando de infamia á su esposa y su hijo.... No, Olsan, no; jamás pudiera yo sospechar de tí semejante crueldad.

Olsan. Gran Dios qué cuadro! (*aparte.*)

Cerv. Su turbacion se va aumentando por momentos. (*apart.*)

ESCENA VII.

DICHOS Y LINA.

Olsan. Lina viene. (*aparte.*)

Lina. Leon acaba de ir á casa del magistrado, y pronto sabremos lo que resulte de su visita, que ó me dará un momento de felicidad, ó debe desvanecer todas mis esperanzas.

erv. Animo, amiga mia, si él no adelantase nada, entonces lo tomaré yo por mi cuenta, y tal vez seré mas feliz.

lsan. Ayer anhelaba por su presencia, y hoy no puedo sufrir sus miradas. *(aparte.)*

*erv.*Cuál es tu decision, Olsan?

lsan. Seguir vuestro egemplo: el espectáculo del dolor que oprime á Madama Anglade, no me permite vacilar por mas tiempo, deseo ardientemente poner fin á su desesperacion, y voy al instante á buscar medios para echar tierra á este desastrado asunto.

Lina. Qué decis?

erv. Comó es eso de echarle tierra?

lsan. Si: voy á valerme de mi crédito, del de mis amigos para librar á Anglade de los peligros que le amenazan, proporcionandole medios de pasar á algun pais extranjero.

Lina. Qué es lo que me proponeis? Adolfo no está culpado, y pasaria por tal si tuviese la debilidad de consentir en fugarse.

Olsan. Pero Madama!

Lina. No lo penseis: Anglade quiere dejar á su hijo un nombre sin tacha, y como está bien seguro de su inocencia, no quiere recobrar su libertad á costa de su honor.

Olsan. Pero con todo....

Cerv. Anglade tiene razon: solo el culpable debe temblar, porque jamás el hombre de bien huye la vista de sus jueces.

Olsan. Pensad, Madama, en la situacion de Anglade: con la gravedad de la acusacion, en la fuerza de las pruebas que hay contra él.... será condenado, y....

Lina. Condenado! Y os atreveis á decirlo vos?

Cerv. Sosegaos, Lina, yo se ya lo que me queda que hacer: fiadlo todo de mi celo y de mi amistad; tú vete al instante á mi cuarto, que tengo que darte mis instrucciones, y cuento de antemano con tu obediencia. Piensa, infeliz, que solamente la mayor confianza te puede librar de los males que preveo. *(en voz baja.)*

Olsan. Señora....

Cerv. Obedece y calla. Venid, amiga mia.

ESCENA VIII.

OLSAN SOLO.

Olsan. Qué querrá decir mi tia? Qué significa aquel tono amenazador, la órden que acaba de darme? Ah! Ya no puedo dudarlo: sin duda lo sabe todo: mi crimen esta descubierto y pronta la justicia.... A dónde he de huir? Cómo podré escapar de la espada de la ley? No puedo salir de aqui.... Una mano invisible me detiene á mi pesar, y escucho una voz amenazadora que me grita. "Detente, desgraciado, que los tribunales te reclaman para entregarte al suplicio que mereces." Esta terrible sentencia resuena hasta en el fondo de mi alma.... En todas partes la miro escrita; en todas partes veo la muerte, que no puedo evitar. La muerte.... el deshonor! Todos los males que habia yo acumulado sobre mi rival, me parece que se han reunido para descargar sobre mi.

ESCENA IX.

OLSAN Y RENATO CORRIENDO.

Ren. Ah! con qué estais aqui señor? os buscaba para....

Olsan. Déjame, déjame, miserable: tú eres quién me ha perdido.

Ren. Oh! Dios mio! pues qué teneis?

Olsan. Preguntas qué tengo? Y te atreves á preguntármelo? No son tus consejos los que me han puesto en este estado tan terrible? No eres tú la causa de todos los males que padezco?

Ren. Vaya, vaya... eso no es mas que algunos remordimientos..... sosegaos, amo mio, que luego que se haya logrado todo, no pensareis mas en ello.

Olsan. Infeliz!

Ren. A la verdad que me habiais causado un miedo!... Creí que todo estaba descubierto.

Olsan. Y eso es lo que temo justamente.

Ren. Cómo! Qué decis? Pues que? Saben?

Olsan. Estoy seguro de que Madama de Cerval sospecha la verdad.

Ren. Sospecha! Eso no es nada.

Olsan. Acaba de mandarme que vaya á su cuarto, quiere hablar conmigo.... y el tono con que me lo ha dicho, la severidad de sus miradas, la indignacion que he visto pintarse en su rostro, todo, todo me prueba que tiene muchas dudas, y....

Ren. Ciertamente tendrá dudas, que quisiera aclarar; pues bien, es preciso ir á verla, tener firmeza, mostrar audacia, y este es el modo de que se aclaren sus dudas.

Olsan. No, no: yo no iré á verla.

Ren. Haréis mas que mal, porque con huir de hablarla redoblais sus sospechas: id, antes bien, daos cierto tono de atrevimiento, mostrad cier-

to aire de candor; enfadaos si os acusa, y.... hasta llorar debeis, si juzgais que os puede ser útil: llorad, si; que lágrimas derramadas á tiempo, tienen grande influjo sobre las mugeres.

Olsan. No: el miedo, á pesar mio se apodera de mi, y cada minuto se va haciendo mayor. He llegado á creer que todos verán grabado sobre mi frente el terrible crimen que he cometido.

Ren. Y aunque no fuese verdad, todos os llamarían culpado, viendo vuestro abatimiento... Vamos, señor, vamos; dejémonos de reflexiones que siempre son inútiles cuando se hacen tarde.

Olsan. Ah! Y por qué habré yo seguido tu infame consejo? El medio de que te has valido...

Ren. Era el único que cuadraba en las circunstancias, y no esperaba yo estas reconvenciones de vuestra parte, despues de haberos servido tan bien. Además no os confié mi plan. No fuisteis vos mismo, quién al llevar despues de la funcion á Madama de Cerval á su cuarto abristeis la ventana de su gabinete que dá á jardin? No habeis?...

Olsan. Calla, calla: no me recuerdes los pormenores de aquella accion abominable. Sí, en medio del furor de mis celos, cedí á tus instancias, consentí en una maldad... creia alejar á mi rival, y poseer la muger á quien adoro pero ya cayó de mis ojos la venda de la ilusion, y solo veo mi fatal error, mi situacion horrible... lo pasado me atormenta, y lo por venir me espanta.

Ren. Terrores vanos, señor... Qué es lo que te

Y... nemos que temer? No hemos salido perfecta-
 e se mente con nuestra empresa? Se puede probar
 iem algo contra nosotros? Y luego que el hombre
 es. que se fingió diamantista se vaya....

san. Pues qué! está ahí todavía?

en. Quién le hubiera hecho irse sin darle los
 bre cien luises que le ofrecí de parte vuestra?

san. (*dándole un bolsillo.*) Si en eso consiste,
 do. toma, recompénsale, y que se vaya; que huya
 ama lejos de aquí; que evite el ser descubierto....
 io... espera.... estoy temblando... por piedad, date
 cen priesa...

en. Aquietaos, señor, que voy á despedirle.
 fa. No pasais á veros con Madama de Cerval?

san. Estoy demasiado agitado, y no me hallo
 ns con fuerzas para tolerar su presencia... A pe-
 cio sar mio se escaparia de mis labios la confesion
 ser de mi crimen.

en. Que disparate: guardaos bien de semejan-
 te diablura. Finalmente que intentais hacer?

san. Ya está resuelto.

en. Qué?

san. Huir.

en. Pero ese es el modo de haceros reo.

san. No hay otro medio de evitar el suplicio.

en. Me perdeis.

san. Tú vendrás conmigo.

en. Amo mio....

san. Voy á probar si puedo entrar en mi cuar-
 to sin ser visto, y tomaré todo el oro de que
 po puedo disponer.

en. Pero escuchad....

san. Espero hallarte aquí mismo.

Ren. Y si salen en persecuimiento vuestro?

Olsan. No iré sin armas, y venderé cara mi vida.

Ren. Mal medio.

Olsan. Es el único que me queda.

Ren. Esperad.

Ols. No, nada escucho. *(vase precipitadamente)*

ESCENA X.

RENATO SOLO, Y LUEGO FOURBIN.

Ren. Oh! Esto va tomando muy mal aspecto. demonio de hombre con sus malditos remordimientos!... Es preciso que yo tome también mis precauciones: cierro este bolsillo, y doy Fourbin los cien luises que tomé en el cuarto de Madama Cerval, porque como en caso de infortunio deben figurar en el proceso, prefiero que se los encuentren encima, á que los hallen en mi poder. Ahora llamo al otro. Fourbin. Fourbin.

Four. Ola! *(desde la ventanilla.)*

Ren. Baja pronto.

Four. Alla voy. *(se quita de la ventanilla.)*

Ren. La fuga de mi amo va á alarmar á todos, no creo muy prudente el seguirle; no, no: voy yase él solo, que yo me ire á la capital por caminos escusados; me escondo allí, y dejo al señor Olsan que salga como pueda de este paraiso: esto será lo mas acertado. Solo debo cuidar de echar otra vez la uña á los diez mil francos con que se quedó el picaron de Fourbin, ellos no estaban en el vestido que le hice quitar porque le registré todo perfectamente: así examinaré todos sus movimientos, las alteraciones

de su fisonomía, y el menor gesto, la menor ojeada me pondrán en estado de....

Ren. *Four.* Aquí estoy, qué me quieres?

Ren. Que te vayas.

Four. Cuándo?

Ren. Ahora mismo.

(dos los billetes.)

Four. Ahora mismo? *(mira donde están escondi-*

Ren. Si. *Four.* Ah! Y mi dinero!

Ren. Aquí le traigo.

Four. Pues venga.

Ren. Toma bribon! Eres muy dichoso. *(suspira.)*

Four. Muy dichoso! No mucho.

Ren. De qué te quejas?

Four. Oh! de nada.... solamente que... Que diablo!
(como anteriormente.)

Ren. Vamos, á Dios.

Four. A Dios. *(sin menearse, y mirando al es-*

Ren. Vete pues. *(condite.)*

Four. Qué prisa tienes?

Ren. Ya se vé, si viene alguien... si por casualidad te conociera alguno....

Four. Vah! vah!

Ren. Mira, puedes irte por esta puerta. — Los billetes están cerca de la casa. *(ap.)*

Four. Y dejaré aquí mi tesoro? *(ap.)*

Ren. Justamente no está cerrada por dentro.

Ya hácia la puerta falsa mirando á Fourbin.

Four. Ya voy, ya voy. *(yendo hácia la casita.)*

Ren. Hombre, por aquí.

Four. Pobre dinero mio. *(ap. con sentimiento.)*

Ren. Vamos, vete.

Four. Si yo pudiera coger esta llave. *(viendo colgada la llave de la puerta falsa.)*

Ren. Te vas hombre?

Four. Si, si, me voy.

Ren. Buen viage.

Four. Buena fortuna.

Ren. Allí están sin duda. (*ap. mirando á la casa*)

Four. Ya la tengo. (*ap. tomando la llave.*)

ESCENA XI.

RENATO AL PRINCIPIO DE LA ESCENA Y MARCELO EN EL FONDO.

Marc. No, no me engaño yo, alguno ha salido por la puerta falsa.

Ren. Por fin se marchó. El dinero debe estar allí, porque sus ojos me lo dijeron bien claro vamos á buscarle. (*ap. y se acerca á la casa*)

Marc. Quién será aquel marinero? Ola! aquí está el señor Renato.

Ren. Sin duda es aqui. (*sube la escalera.*)

Marc. Qué hará aquí esta buena alhaja? descúffio de él por lo que he oido, y asi será preciso, como digo, escucharle.

Ren. Qué es lo que tropiezo! una baldosa vantada! aqui estan.

I Fourbin se va, y Renato vuelve á cerrar la puerta y se viene al medio de la escena lleno de gozo con su descubrimiento: en esto entra Marcelo por el fondo sin que le vea Renato, y pasa de pacito por delante de las verjas, y se pone detrás de un árbol grande que hay á la derecha: mismo tiempo se ve por entre las verjas á Fourbin que se aleja, sin que Marcelo pueda verle sino por las espaldas.

Marc. Cómo! aquí están! (*se acerca despacito.*)

Ren. No me habia engañado: aquí están. Fortuna, te doy las gracias (1).

Marc. A la parte me llamo, señor Renato.

Ren. Quién! es Marcelo! (*sorprendido.*) (2)

Marc. Qué guardais? qué guardais?

Ren. No es nada.

Marc. Cómo nada? Pues yo he visto bien que habeis alzado alguna cosa.

Ren. Yo! te has engeñado.

Marc. Oh! no: habeis, como digo, cogido algo, por lo que he visto.

Ren. Son unos papeles....

Mar. Papeles! Pues cómo deciais antes que no era nada?

Ren. Sin duda.... porque....

Marc. Es que tambien hay algunos papeles que son muy buenos.

Ren. No: creo que son cartas.

Marc. Bien: y si tuviesen dentro, como digo, letras de cambio?

Ren. Que tonteria! Lo he encontrado alli.

Marc. Lo habeis encontrado! En este caso quiero la mitad del hallazgo.

Ren. Tú?

Marc. Seguramente, porque dije: "á la parte me llamo" y asi me toca, como digo, la mitad.

1 Levanta la baldosa, y al coger los billetes, Marcelo le da un golpe en las espaldas.

2 Renato no tiene tiempo de guardar los billetes en el bolsillo, y los mete con ligereza entre el vestido.

Ren. Vaya, tú tienes ganas de divertirte.

Marc. No señor, no quiero divertirme; quiero como digo, mi parte.

Ren. Si te he dicho que no es nada, que son papeles de ningun valor.

Marc. Ah! pues entonces enseñadlos.

Ren. Que te los enseñe!

Marc. Cierto, para asegurarme, como digo, que es verdad.

Ren. Déjame en paz.

Marc. No por vida de mi abuela: ayer os quedasteis con los luises que me tocaban, y yo quiero, como digo, la parte que me toca los papeles buenos ó malos: yo dije: "á mi parte me llamo."

Ren. Le asustaré para que me deje (*ap.*) — Si ves que me vas cansando en forma, y que

Marc. Vah!

Ren. Que no tengo que darte cuentas á ti, tengo que recibir órdenes de ti, y que si me incomodas mas, te daré...

Marc. Ah! amenazas á mi! Muy bien: (1) ahora me vais á enseñar, como digo, todos los papeles, uno por uno, y si no, á fe de Marcelo.

Ren. Desdichado! Te atreves!...

Marc. Oh! ahora no os habeis de ir.

ESCENA XII.

Dichos y Bertoldo.

Ber. Qué ruido es este? Qué sucede? Qué ha

1 Toma la azada que está apoyada contra un matorral.

Marcelo, qué estais tan colérico?

Ren. ap. Bertoldo? no se cómo salir de este apuro.

Marc. Señor Bertoldo, hacedme justicia.

Bert. Pues qué hay?

Marc. Hemos encontrado juntos unos papeles, y los quiere guardar para él solo; y no quiere, como digo, ni aun dejármelos ver.

Bert. Que papeles son esos, Renato?

Ren. Son dos, y es fuerza no hablar alto. (*ap.*)-

Por vida mia no lo sé: los he hallado allí, y no son de importancia ninguna para mi: si me los hubiera pedido con otros modales....

Bert. Y en dónde están?

Ren. A la verdad que no se lo que he hecho de ellos. Dónde dianches los he puesto? (1)

Marc. Aquí los tiene. (*le tira el vestido y caen.*)

Ren. Que haces? (*queriendo recogerlos.*)

Bert. Deja, deja....

Ren. Que, os atreveis á....

Marc. Bien hecho: así veremos lo que es.

Bert. Billetes del banco!

Marc. Billetes?

Ren. Aquí del atrevimiento. (*ap.*)

Bert. Hay diez.

Marc. Estos eran justamente los que faltaban á los robados.

Bert. Infeliz! cómo se hallan estos billetes en tú poder, di?

Ren. No os lo he dicho ya, señor Bertoldo?...

Los he encontrado allí. (*afectando serenidad.*)

Bert. Los has encontrado?

1 Fingiendo buscarlos por los bolsillos.

Ren. Si, señor Bertoldo, bajo de esta baldosa.

Marc. Es, porque, como digo, sabia muy bien que estaban alli. *(bajo á Bertoldo.)*

Bert. Quieres engañarnos, eh?

Ren. Me creéis capaz de eso, señor Bertoldo?

Marc. Seria una injusticia pensar tal cosa.

Bert. Pues bien, si tú eres hombre de bien, ahora nos darás una prueba de ello.

Marc. Algo difícil es. *(aparte.)*

Ber. El que los ha escondido ahí no puede menos que sea autor ó cómplice del robo que ha hecho á Madama de Cerval, y vendrá por precision á buscarlos; quédate con nosotros; acchemos al malvado, apoderémonos de su persona, y tal vez lograremos descubrir la verdad.

Marc. Tiene razon.

Ren. Como Fourbin no ha de venir aqui, no tengo riesgo *(ap.)*— Con mucho gusto, señor Bertoldo, con mucho gusto: solo quiero ayudarlo para coger al culpado.

Marc. Pues de ese modo esconderse en mi cuartito que está á dos pasos, y se ve todo lo que pasa aqui.

Ren. Pero no me tengais mucho tiempo, porque puede necesitarme mi amo (1).

Marc. Otra vez el marinero! Si será el! *(ap.)*
Vamos, vamos; despacharse. *Ren.* Ya voy

Marc. Encerradle bien, y volved al instante. (2)

Ber. No tengais cuidado. *(vase con Renato.)*

1 En esto se deja ver Fourbin sobre la celula por entre las verjas, y solo Marcelo lo repara

2 A Bertoldo en voz baja.

ESCENA XIII.

CARCELO oculto detras del arbol: FOURBIN que abre la puerta, luego BERTOLDO.

Four. No hay nadie! (1). Tomar mi precioso depósito, salir de aqui, y desaparecer de la vista de cuantos pudieran atisvarme, será obra de un minuto. (*Marc. y Bertoldo le detienen.*)

Marc. Qué vienes tú á hacer aqui?

Bert. Qué buscas? quién eres?

Four. No me han conocido: válgame mi astucia (2). — Sinores, yo sono un povero marino, que anda á Toscana sua patria, y qui demanda la caridade.

Marc. Y que dimanda la caridade... (*remedán.*)

Four. Si señores: os hay veduto in questo giardino, y yo sono intrato...

Marc. No: tú no has entrado aqui para pedir, sino para tomar.

Four. Per tomare!...

Bert. Si, per tomare estos billetes que habias escondido allí.

Four. Soy perdido! los han encontrado! (*ap.*)

Marc. Vaya, dí que no.

Four. Os juro, señores, que no he sido yo, y que... (*olvidándose como hablaba.*)

Bert. Ola, ola! con que hablais tan claro como nosotros!

Four. No tengo cabeza. (*aparte.*)

1 Entra con precaucion y se dirige hácia el escondite.

2 Aparte, y asustado al pronto, luego mas tranquilo.

Bert. No, no me equivoco: él es, sí, él es (1).

Four. Estoy temblando. (aparte.)

Marc. Voto á tantos que es él! (aparte.)

Bert. Este es el diamantista que compró el adorno.

Marc. Y el cantor italiano conocido de Renato.

Bert. Este es un pícaro.

Marc. Un bribonazo.

Four. He caído en el garlito porque me han conocido. (aparte.)

Bert. Oh mi querido amo! si pudiéramos justificar tu inocencia!

Marc. Voy á asustarle, y vereis como canta de plano. (á Bertoldo bajo.) — Cuánto va á que has hecho el robo esta noche pasada?

Four. Quién?... yo, señores!... os juro que no.

Ber. Pues Renato te acusa.

Four. Me acusa!

Marc. Si, y Renato es un hombre de bien.

Fourbin. (con viveza.) Cómo hombre de bien

Ah! qué poco le conoceis! Es el pícaro mas diestro y mas corrido que puede encontrarse, esta es la verdad; però ya que ha tenido la desvergüenza de intentar perderme y de engañaros, os voy á decir lo cierto sin andar con rodeos.

Ren. Si: habla, habla.

Four. Pues, señores, Renato es el que ha cometido el robo de esta noche, y él habia sin duda cercenado de los billetes que robó, estos diez mil francos que habeis encontrado, mientras que yo pobre de mi, solo he recibido en recom-

pensa este bolsillo; y como no soy amigo del dinero, le daría de buena gana por ver preso al traidor que me ha denunciado, siendo cien veces mas culpable que yo.

Larc. Siendo eso así, nuestro es el bolsillo, porque acabamos de pillar á Renato (1). Y

our. Esperad... Me la urdieron. (*aparte.*)

ert. Y ahora vamos á encerrarte con él, mientras que os entregamos en manos de la justicia.

our. Que bobo he estado (*ap.*) — Señores, os suplico que me dejéis libre, y quedaos con el bolsillo, y os le doy, ved que tiene cien luises.

Larc. Y todos son nuevos, y de cordoncillo, iguales á los que robaron á Madama de Cerval. Vaya: esto es, que, como digo, el uno tenia los billetes y el otro los luises.

ert. No tardemos en ir á casa del magistrado.

Ah mi buen amo!

Larc. Vamos, señor cantor italiano, vamos: hareis un duo con vuestro amigo Renato. (*irónico.*)

our. Señores, os suplico...

ert. Venga usted, señor diamantista, y otra vez que compre usted diamantes, no se los deje olvidados.

our. Dios mio, Dios mio!

Larc. No pases pena, pobrecito marinero italiano, que, como digo, no te faltará dinero para llegar á Toscana: las galeras estan, mas de legua de aqui.

our. Linda perspectiva! Si pudiera escaparme!

ert. Digo, digo: deténte.

I Tomando el bolsillo.

Four. Dejadme, dejadme.

Marc. Te rebelas! Yo te lo diré. Muchachos (1

Ber. Asegurad á ese miserable.

Marc. Encerradle bien en mi cuarto junto ce
Renato.

Bert. Y cuidado de que no se os escapen.

Marc. Estos bribones son los que han robado
mi ama: Anglade es inocente, y todo esta
descubierto, id, id con él. Vos, señor Bertold
corred á decírselo á la señora de Anglade, q
yo voy volando á la casa del comisario de p
licía, y vuelvo de seguida: estoy tan content
tan contento.... Encerradlos bien: cuidado (2

ESCENA XIV.

DICHOS Y MADAMA DE CERVAL.

Cerv. Qué quieren decir estos gritos? qué es
que pasa?

Ber. Ay señora! Todo está descubierto, y pro
se verá la inocencia del señor Anglade: perc
nadme, que voy corriendo á dar parte á
querida ama. (vase.)

Marc. Si, ama mia, hemos pillado á los ladros
Renato, y ademas otro, y yo soy, quien, co
digo, los ha cogido, yo, si señora.... Vo
buscar la guardia.

*Vase corriendo por la puerta falsa y sube por
colina: al mismo tiempo sale Olsan en tra
de camino y lleno de la mayor turbacion*

1 Salen los jardineros.

2 Hablando al bastidor.

ESCENA XV.

MADAMA DE CERVAL Y OLSAN.

Olsan. Qué me ha dicho Bertoldo? Qué es lo que acabo de oír?

Cerv. Olsan!

Olsan. Dios mio, mi tia!

Cerv. Infeliz! qué te trae aquí? vienes á entregarte tú mismo en las manos de la justicia?

Olsan. De la justicia! (*espantado.*)

Cerv. Si: tú crimen está descubierto, y tus cómplices arrestados: tú has huido de mi presencia, cuando yo queria salvarte, porque tenia medio para ello; pero ahora nadie te puede evitar el castigo.

Olsan. Bien lo tengo merecido: soy el mas culpable de los hombres, y no me siento con fuerzas para sobrevivir á mi deshonra.

Cerv. De este modo has pagado mis beneficios?

Olsan. Ay!... no aumenteis en este momento los tormentos que sufro, no me oprimais con el peso de vuestro desprecio. Moriré sin pena, si no maldecís mi memoria, y si os dignais concederme un perdon que imploro de rodillas..

Cerv. Cada instante va acercando el de tu perdicion. Huye, huye, si es que aun hay tiempo.

Olsan. Ya es tarde.

Cerv. Siento ruido por todas partes: gentes se acercan: qué hemos de hacer? Ocúltate ahí en esa casita, que tal vez no será posible....

Olsan. Nada espero.

Cerv. Que llegán.

Olsan. A Dios, á Dios para siempre (1).

I *Entra en la casita, cierra la puerta, y queda de modo que los espectadores le vean.*

ESCENA ULTIMA.

TODOS LOS PERSONAJES DE LA PIEZA.

Marcelo baja muy de priesa por la colina seguido de algunos soldados, con Leon de Assandray

Marc. Con qué es verdad, señor Leon, que v
á venir el buen señor Anglade?

Leon. Detrás de mi viene: con los indicios que
he dado, y bajo mi responsabilidad, ha con
sentido el juez que le ponga en libertad.

Marc. Y no la perderá otra vez, yo os lo ase
guro, porque ya están pillados los ladrones
y Bertoldo y yo, somos los que los hem
cogido.

Leon. Para recompensar este beneficio os seña
á cada uno cuatrocientas libras de renta.

Marc. Qué decis, señor Leon!

Leon. Ya está aquí Anglade.

Marc. Y su esposa que viene con Bertoldo p
esta otra parte. Vengan ustedes, señores, á en
tregarse de aquellos canallas. (1).

Lina. Adolfo...

Angl. Mi amada Lina...

Alfons. Papá...

Angl. Lina, á este generoso pariente, es á qui
debo la felicidad de estrecharte entre mis brazos

*1. Vase Marcelo con los soldados. En e
entran el Comisario, Anglade, y Lina que lle
por otro lado conducida por Bertoldo, y e
Alfonso de la mano, los dos esposos corren
abrazarse, y Madama de Cerval parece tra
pasada de dolor.*

Marc. Calle , calle , que vienen nuestras buenas gentes. (*sacan los soldados á Renato y Four.*)

Ren. Perdon , señor Anglade , perdon ; mi delito es haber obedecido las órdenes de mi amo.

Cerv. Dios mio! (*aparte.*)

Ren. El señor Olsan me lo mandó todo.

Todos. Olsan!

Ols. (*den.*) Malvado ! Ya se acabó la esperanza.

Comis. Atad á esos miserables , y que se busque á Olsan por todas partes.

Cerv. Qué tormentos estoy pasando ! (*ap.*)

Lina. Pero señor !.. no pudierais ?.. (*al Comisario.*)

Comis. Nada , Sra. la ley manda , y yo obedezco.

Lina. Cuánto compadezco la suerte de Madama de Cerval (1).

Olsan. Mi suerte está ya decidida. (*se aleja*)

Comis. Qué ruido se escucha en esta casilla?

Cerv. Estoy temblando. (*aparte.*)

Comis. Registradla al punto.

er. Esperad , deteneos.

Comis. Esa turbacion , Madama , aumenta mis sospechas : soldados entrad.

Cerv. Es perdido (2).

Lina. O amiga mia ! (*corriendo hacia ella.*)

Todos. Qué será esto !

1 *A Anglade.* Durante este diálogo se ha visto á Olsan escribiendo de priesa sobre una tabla que habrá en la casita , y al llegar aquí grita.

2 *En el momento en que entran el Comisario los soldados , se oye un tiro , y Leon entra á registrar la casa.*

Ceró. Desgraciado! (1).

Leon. Ya no existe: acaba de matarse.

Lina. Dios mio, perdonadle este nuevo crimen, y que tu cólera no le persiga mas allá del sepulcro. (Sale el Comisario.)

Comis. Este escrito, que parece haber trazado de priesa, contiene su confesion, que voy á presentar al magistrado. Ya esta completa vuestra justificacion, señor Anglade, y estais enteramente libre.

Lina. A tal extremo es capaz de conducir á los hombres una pasion violenta, y que no se propone un fin honesto.

Angl. Terrible egemplo.

Leon. Ojalá nos recuerde continuamente que los crímenes mas ocultos, tarde ó temprano se ven castigados por la Providencia divina.

Lina. Querido Adolfo, hijo mio! demos las gracias porque nos ha salvado.

FIN.

I Cae desmayada en los brazos de sus criados.

man,
se-

de
pre-
estra
era-

los
o se

los
ven

gra-

SWA

